

PQ
8476.2
W65
T45
1993
Main

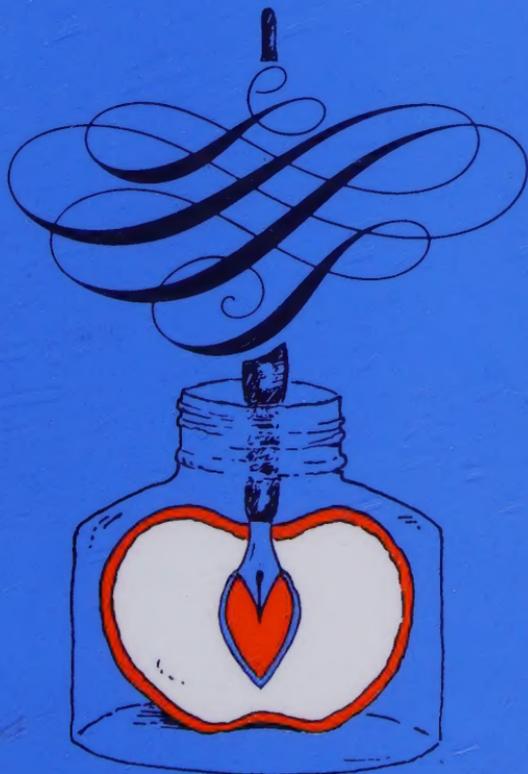
I Concurso de Cuento Magda Portal

UNIVERSITY OF ARIZONA



39001033430953

TENTACION DE ESCRIBIR



ediciones flora tristán





Digitized by the Internet Archive
in 2024

LA
TENTACION
DE
ESCRIBIR

LA TENTACION DE ESCRIBIR

Segundo Concurso de Cuento "Magda Portal"
Convocado por el Centro de la Mujer Peruana
Flora Tristán

PQ
8476.2
W65
T45
1993



ediciones flora tristán

Ediciones Flora Tristán.
Primera edición, 1993.

© De esta edición: Ediciones Flora Tristán.

Edición: Marcela Robles.

Carátula: Gredna Landolt.

Diagramación: Marisa Godínez.

Coordinación de imprenta: Ana María Chávez.

Parque Hernán Velarde Nº 42 Lima, Perú.

Telf.: 330694 - 332765

Impreso en Perú.

PRESENTACION

*“Les ruego, mis amables críticos,
No se afanen en procurarme una audiencia.
Congenio con mi libre linaje sobre los despeñaderos;
ocultas alcobas
Han oído el eco de mis talones,
en la fría luz,
en la oscuridad.”*

Ezra Pound.

Si bien es cierto que a las mujeres se nos escucha hoy, mucho más que en los despeñaderos y en las alcobas, siempre encuentro en la poesía una buena aliada para abordar un texto.

El poeta, naturalmente, se refiere a su propia voz; pero la voz poética halla una metáfora en la voz femenina: ambas andan sueltas en torno a minorías ávidas y apasionadas. Me refiero a la *voz literaria*.

Resulta difícil ordenar de manera coherente textos seleccionados en un concurso: es un rompecabezas complicado de armar. Es por ello que se ha optado por el orden alfabético, según los nombres de las autoras. La unidad, en este caso, está dada por el lenguaje femenino, y por la tentación -unánime- de escribir.

Los once cuentos seleccionados para formar parte de esta antología incluyen el cuento ganador, “El buen aire de la noche”, y las menciones; además de algunos textos recomendados para su publicación. El jurado del Segundo Concurso de Cuento Magda Portal estuvo integrado por Esther Castañeda, Gaby Cevasco -en representación del Centro Flora Tristán-, Ana María Gazzolo, Giovanna Polarollo, y la que escribe.

Sin ánimo de entrar en disquisiciones agobiantes, es interesante señalar -a pesar de que no hay una unidad temática- cómo los textos parecen ir en una misma dirección. Salvo dos de ellos, que el lector

identificará sin dificultad, la ausencia y la muerte rondan la mayoría de los cuentos. Una especie de dureza en el estilo que le marca el paso a la época. Interesante, digo, si se tiene en cuenta que se trata de autoras de distintas generaciones. Algunas de ellas escriben desde hace tiempo, y han publicado antes; otras, en cambio, lo hacen por primera vez. En todo caso, espero que esta edición les sirva de aliento en esta *carrera de larga distancia*.

Hay tentaciones que matan. Hay otras que nos pierden. Y hay tentaciones de las que sólo podemos librarnos cayendo en ellas, como en un profundo abismo. La escritura es una de esas tentaciones ineludibles. Para saber si será nuestro fin, o nuestro paraíso, sólo nos queda morder la manzana.

Marcela Robles
Editora

— AGENTE 468 —

Gisella Ballabeni

Sí, el agente 468, el más capaz, inteligente, y el más guapo de toda la Sureté... ese soy yo.

—¡Reportándome señor! —no sé para qué tanto saludo, si sólo le pudiera llamar por su nombre de pila, “Antonieto”, se lo pusieron sus padres, esperaban a una niña para llamarla María Antonieta, pero en lugar de eso, nació una burda imitación de hombre al cual llamaron “Antonieto”.

—Hubo un asesinato, un profesor de la Escuela Nacional de París, fue encontrado muerto en el Basurero de la Calle Bonaparte, totalmente desnudo y con un cuchillo clavado en la espalda. Usted es el único idiota que no está trabajando en ningún caso, —pero ya sabía que lo que en realidad quería decir era que todos sus agentes eran una bola de inútiles, y que el único realmente capacitado para esa misión era yo—. Le encargo este caso y espero que me traiga muy buenos resultados. ¡Y ahora lárguese!

Tomé los informes del caso y salí de la oficina de “Antonieto”. Mientras salía del edificio, pensé en ir primero al lugar del crimen, los asesinos siempre regresan al lugar del homicidio, subí en mi auto deportivo “BMX” y mientras fumaba un cigarrillo me diriji al Basurero de la Calle Bonaparte.

Martes, 3:00 p.m., Basurero de la Calle Bonaparte, lugar del

crimen. Calle desierta, bajo del auto, comienzo a buscar pistas, sólo logro encontrar un papel manchado de sangre: "Trixi: 45-9689".

A lo lejos, diviso una niña, no, es un niño, aparenta aproximadamente unos seis años de edad, se va acercando, veo sus manos... manchas de sangre.

Posible asesino; no, no, lo de asesino descartado, parece que se cortó la mano derecha, al parecer con... ¡un cuchillo! Posible asesino. Me ve, sale corriendo.

Lo persigo, no lo encuentro. Pensé en ese momento que el Niño Sospechoso Número 1 sabía algo del asesinato. Busqué por todo el lugar y no encontré al niño, ¡pero qué tonto soy! ¡el Niño Sospechoso Número 1 debe estar en el colegio! En eso me dirigí al colegio más cercano: "Escuela Nacional de París", comienzo a atar cabos.

Escuela cerrada, 6:00 p.m., regreso mañana.

Miércoles, 10:15 a.m., "Escuela Nacional de París", lugar donde estudia el posible asesino: Niño Sospechoso Número 1. Me dirijo hacia los salones de 1er. grado de primaria. Veo por las ventanas de las puertas, en la tercera diviso al niño.

10:30 a.m. suena el timbre de recreo, los niños salen a jugar, entro al salón a investigar... Y allí estaba ella, borrando la pizarra tan delicadamente como una pluma. Hermosa figura 90-60-90, morena, de 1.75 m. de estatura, cabello castaño; cuando se volteó, ¡WOW! bellísima, grandes ojos verdes.

-¿Dígame? -hermosa voz, con un exquisito acento francés- ¿qué desea? -me presenté-. Soy el Agente 468 de la Sureté, investigo el caso del asesinato de un profesor del 4to. grado de primaria de este colegio, el señor Orlando Le Petit. ¡Ah sí!, el asesinato de Oddi ¿Lo conocía? Si, salimos juntos una que otra vez. ¡AJA! esta hermosa mujer era mi Sospechosa Número 2. Pero... por qué iba a matar, quizás eran novios y fue un enredo pasional, ella lo dejó por otro y él no lo permitió, estaban caminando por la Calle Bonaparte y ella le confesó la verdad, él le pidió que no lo dejara, trató de impedir que la chica se fuera, forcejearon y ella, sin más remedio, y en defensa propia, le clavó el cuchillo.

–¿Eran novios? Sí –primer acierto–. Pero lo dejé –segundo acierto– por otro. ¡AJA! tercer acierto, ella es la asesina.

–¿Hace cuánto de eso? Hace como unas dos semanas –esto se pone muy extraño– el asesinato fue hace dos días, corrección, la hermosa mujer lo dejó después de tanto insistir, le dio una cita a su Ex, Oddi, estaban caminando por la calle Bonaparte, él le pidió que regresara a su lado, ella se negó, la trató de abrazar, ella se volvió a negar, él le dijo: “Si no eres mía no lo serás de él”, sacó el cuchillo, o quizás lo encontró tirado, forcejearon, ella logró quitarle el cuchillo y sin más remedio y en defensa propia lo mató.

Pero el niño. ¿Qué tiene que ver el niño en todo esto?

–Es usted un hombre muy guapo. –Actitud sospechosa–. ¿No le gustaría ir a cenar algún día a mi departamento? –Peligro–. La pasaremos divinamente bien. –Trata de seducirme, no debo aceptar, el caso aún no está del todo resuelto, es demasiado peligroso, no debo aceptar–. ¿Cuando? Mañana a las 8:00 p.m.: ¡Acepto!

Me dio su dirección: Calle Bonaparte 795, departamento 493 “B”. Cerca del lugar del asesinato. Posible asesina, Srta. Trixi Collins, de 1.75m de estatura, hermoso cuerpo 90-60-90, morena, de grandes ojos verdes, pelo castaño, voz seductora.

Jueves, 7:00 p.m., llego a mi casa, abro mi ropero, elijo mi mejor terno beige, camisa blanca, corbata para la ocasión, zapatos blancos. Entro al baño, 7:15, estoy dándome un baño de burbujas, 7:30, salgo del baño, me dirijo a mi cuarto, me visto, un peinado con raya al costado, desodorante, colonia “New Fashion” (“Para Amantes Ardientes”).

7:45 salgo de mi casa, entro en mi auto deportivo “BMX”, 7:50 paso a la florería compro un ramo de rosas blancas, media docena.

8:00 p.m. llego a la casa de la Sospechosa Número 2, posible asesina. Ding–Dong. Abre la puerta, puerta de cinco candados... Y allí estaba ella, tan sexi, tan hermosa, con un vestido entallado, rojo, muy seductor. Me invitó a pasar, le entregué el ramo de rosas, dijo: “No te hubieras molestado”, nos sentamos en la sala, muy elegante, conver-

samos, huele rico, a Pollo a la Fricasé, pasamos al comedor, cenamos mientras dejábamos que una interesante conversación nos envolviera. Al terminar de cenar, nos paramos de la mesa, le trato de buscar conversación acerca del asesinato, pero no responde, se va acercando lentamente moviendo sus curvadas caderas de derecha a izquierda, me abraza, me besa. Corrección, me devora con sus besos, me invita a pasar a su alcoba, muy grande, una cama matrimonial, dos mesitas de noche, un ropero en la pared, un tocador, espejos alrededor de todo el cuarto, un televisor, un teléfono y una contestadora. Nos desvestimos lentamente, botón por botón, cierre por cierre, ella controla la situación como toda un experta. En eso veo una foto en su mesa de noche, es la foto de la hermosa mujer con el Niño Sospechoso Número 1, posible asesino, trato de escapar de las garras de la hermosa mujer Sospechosa Número 2, posible asesina, pero me seduce, mientras que del cajón de su velador va sacando lentamente un cuchillo de cocina, busco mi pistola, no la encuentro, grito: ¡Auxilio!, me calmo, logro escapar después de una dura batalla con la hermosa mujer, busco mis pantalones, mi pistola, arresto a la hermosa mujer, y luego de un largo rato encuentro al niño quien estaba en el departamento escondido, viendo televisión en un cuarto cerca del baño.

Causa del asesinato... pasional, eran novios, y él la dejo por otra, ella le dijo: "¡Si no eres mío no lo serás de nadie!". Asesinato en primer grado.

El niño: medio hermano de Chucky, hijo de la asesina. Fue llevado a una casa hogar donde le hizo la vida imposible a las monjas.

La mujer: Trixi Collins, fue sentenciada a 25 años de prisión, pero por tratar de seducir al juez, le dieron 30 años.

A mí me ascendieron de puesto, ahora soy... el agente 469, el más guapo, astuto, y el más inteligente de toda la Sureté.

— LUNA DE PAZ —

Rosa María Bedoya

En la próxima luna me uniré a Wero, le entregaré mi cuerpo y toda la tribu danzará por nuestra fecundidad. Me pintarán el rostro de cenizas pardas y me será entregado el collar que me señalará como su mujer. El se vestirá con su nueva cushma y se adornará la frente con plumas multicolores. Elevará la lanza que ya habrá terminado en señal de su valor y bravura para defender a su familia. A partir de la próxima luna, ocuparemos la nueva choza, para luego llenarla de hijos. El, Wero, será mi hombre y yo, su mujer. Ya nadie podrá separarnos. Sólo la muerte. Y quién morirá primero... yo en el río dando a luz un nuevo hijo o él en la montaña cazando, atacado por una fiera, una tarde en que lo gane la noche. Debo pedirle a la luna que nos dé larga vida. Ahora la vamos a necesitar si es verdad que estamos rodeados, que hay gente extraña que trata de destruir todo a nuestro alrededor. Pero la montaña es espesa y peligrosa. Quien no es de aquí no podrá pasar entre pantanos ni cruzar los ríos cargados de piedras y pirañas, ni podrá atravesar la tierra de los caimanes. Debo pedir a la luna que las noches sean más negras, que los ríos aumenten sus aguas, que los pantanos atrapen a los extraños... Que los pumas tengan más hambre no sé si pedir, pueden llegar hasta acá y atacarnos a nosotros también. Fumaremos para que la montaña nos proteja y nos salve de la muerte o tendremos que regresar a la parte oscura de la selva donde no se ve el sol, sólo

trepando a los árboles. Eso sería volver atrás a los tiempos de las guerras cuando nos tuvimos que esconder ¡No! yo quiero ser de Wero en la próxima luna y nada nos va a pasar. Y si es verdad lo que dijo Kinka que escuchó, que a cuatro lunas vieron muchos hombres con extrañas corazas, hombres peludos que no llevan plumas sino cubiertas luminosas en el cuerpo y que se abren paso en la selva tumbando árboles, que los han visto matar grandes otorongos con los ruidos de unas cerbatanas luminosas. Wero dice que nada de eso es cierto, que no hay hombres luminosos ni con rostros peludos por acá cerca, pero yo sé que es verdad, que los washiros ya no están en sus tierras, que desaparecieron sin llevarse sus animales, que sólo gritos y ruidos de esas cerbatanas se oyeron retumbar en la noche. Los espíritus de los antepasados saldrían a advertirnos si eso fuera cierto, pero si ellos están errantes, no podrían volver a tiempo. ¿Será que son más feroces que los Sajunchis? Ellos asaltaban de noche y mataban a los viejos, se llevaban a las mujeres... ¡No! que no me lleven, yo voy a ser de Wero, no me pueden llevar. Y si me llevan luego Wero me buscará, se internará en la selva espesa y no regresará hasta traerme consigo. Puede morir, le pueden dar un golpe de ruido y tumbarlo como quedan las bestias cuando aciertan las cerbatanas. Y yo tendré hijos de ellos... y no de Wero. ¡No! La luna no puede fallarme esta vez. Si voy al río esta noche y echo flores lograré alegrarla, se sentirá halagada. Hasta podría bañarme desnuda... pero puede pedirme mi cuerpo y ya no podré unirme a Wero. Mejor sólo le lanzo flores de lejos. Alguien dice que son los Wiras, los Wiracochas que llegan de tierras lejanas y que han venido guiados por un maligno espíritu de la noche para arrebatarnos nuestras vidas y quedarse con nuestras tierras. Tengo que pedirle a la luna que si los Wiras llegan no se lleven nuestras almas porque el Wero y yo vamos a unirnos en la próxima luna y ya nadie podrá separarnos.

Nota del narrador:

En recientes excavaciones arqueológicas realizadas en la Selva

Peruana han sido encontrados los restos de un poblado amazónico que habitó el lugar hace aproximadamente 450 años. Lo sorprendente de este hallazgo es que entre los escombros han sido encontrados dos cuerpos en inexplicable estado de conservación. Según expertos, ciertas semillas de collares así como una lanza ceremonial ubicada cerca de estos cuerpos, podrían indicar que dicho pueblo celebraba un matrimonio al momento de ser exterminado.

El País, 10 de octubre de 1992

GABRIELA EN EL HOSTAL

Alicia del Aguila

Una celosía suspendida a dos metros de la vereda. Adentro, una mujer que presentí por el golpe seco de sus tacones altos. Curioseaba, metiendo el ojo izquierdo por un huequito. Pero no fue su aroma el que creí oler entonces, sino el de antigua jarana, añejada en el cuarto desde días atrás —agriada entre esas esponjosas paredes de quincha—, cuando los compadres dieron el salud final, o más bien varios, hasta caer rendidos con el ruido de la ciudad despertando de madrugada. La casa era vieja, siempre lo fue en mi memoria. No obstante, su piel de yeso, ya bastante cuarteado, pudo arrugarse un poco más. El farol de la esquina iluminaba moderadamente. Mezcladas con los polvos de luz, las cenizas de los anticuchos: humo con sabor a carbóncarne ajíespecialvinagre tejido-depieldechoclo. Pablo terminó su porción de anticuchos y mojó la última media papa en el ají regado sobre la hoja de choclo. Sentado en la banca de la anticuchera, volteó la mirada hacia la iglesia de San Francisco, siguiendo la dirección del humo llevado por el viento. Notó, con sosegado placer, cómo aquel se enroscaba a las puntas de las rejas y trepaba hasta casi alcanzar la torre. Igual que cuando atravesamos el atrio. Y luego cruzamos con pasito tímido, arrastrado, el portón del hostel. Su mirada se paseaba, alternadamente, de la calle hacia el patio, y del patio hacia todos lados, rastreando los trocitos de humo cada vez más dispersos en el aire.

En el atrio de San Francisco bullía el aire recalentado de las tardes de verano, a esa hora en que sus visitantes, repentinamente, empiezan a multiplicarse. Pablo se detuvo frente a las rejas. Miró hacia adentro, al patio de la Soledad. Los aleteos de las palomas tomando vuelo ante los pies de las parejas, se le ocurrió, ejecutaban la melodía de la discreción amorosa. Contempló la escena, repetida una y otra vez, como si todos los seres que allí paseaban, tranquila, distraídamente, no fueran sino almas incapaces de sufrir y transmitir angustias. Desde hacía tres años, aquel patio se había convertido en un espacio irremediamente asociado a una mujer, Gabriela; vinculado a la manera singular como ella cruzó por primera vez ese lugar, acompañándolo sin saber a dónde irían. Tenía el rostro del amor y del miedo en una muchacha de diecisiete años.

El hostel estaba abierto y tú fingiste una actitud serena de mujer madura, a pesar de resultarte imposible, por más que te esforzaras, el asociar la felicidad con ese espacio desgastado. Aunque sólo fuera una vez. Esa tarde, la primera: "Tú no sabes, Gabriela, lo que hay detrás, la vida". Pablo soltó las manos de las rejas. Las tenía cubiertas de polvo, oliendo a óxido. Eso era lo que no le gustaba a Gabriela.

Siempre discutían por eso. Antes de que uno dijera algo, ya estaba el otro argumentando lo contrario. Como dos gemelos. O un niño mirando su imagen en el espejo, idéntico a sí mismo, pero invertido. Jugaban a adivinarse los pensamientos, hasta que la infalibilidad de las respuestas terminaba por aburrirlos o tentarles a contar mentiras piadosas. En algunas ocasiones, por unos instantes, esa absoluta comprensión los llevaba a sentir rabia hacia el otro. Y terminaban encajonándose en reproches e insultos de *cliché*. Gabriela era la frívola, estudiante desenfadada de teatro, tan atractiva y divertida como insufrible cuando abría la boca para dar su opinión delante de los amigos de Pablo, todos políticos, "progresistas", jóvenes que, para Gabriela, "se juraban lo máximo" y proyectaban sus ambiciones personales como intereses nacionales. Pablo, para ella, era el muchacho atrevido, seguro de sí mismo hasta el egocentrismo, con toda la irreverencia

de sus diecinueve años. Gabriela aborrecía desmesuradamente esa mirada suya que parecía decirle “esto tú jamás lo entenderás, mi amor, por más que yo te quiera demasiado”.

Se detuvo en el portón del hostel. Vio desde afuera el busto de Voltaire. *Imaginé que nos sonreía socarronamente cuando entramos la primera vez. Tú no querías voltear a ningún lado; apretabas fuertemente mi mano y dejabas que me encargara de todo. Así permaneciste, dura y tensa, mientras yo echaba una ojeada a la primera planta. Hasta que llegó el recepcionista.*

Alcanzó a reconocer los peldaños de madera a cada extremo del patio, las columnas rayadas verticalmente y la parte posterior del segundo piso. Allí mismo, a mitad de camino entre las dos escaleras, una habitación con los vidrios de su ventana pintados de blanco y la puerta abierta. Una señora salía en ese momento cargando un balde, un fregador y una bolsa de basura. “¿Qué se sentirá manipular esos plásticos desechados, con restos de semen tal vez tibios, aún con vida? ¿Le quedará algo de romanticismo para cuando piense, si es que piensa, en algunos amantes del lugar? Aunque fuera una vez, ¿habrá reconstruido una noche de amor a partir de la forma del destendido de la cama, de alguna prenda olvidada, o de una palabra apenas legible en un papel dejado en el baño?, se preguntó Pablo. Pero la mujer no mostraba ningún apego por su labor, aunque él quisiera imaginar lo contrario. Porque para él era distinto: se trataba de “el cuarto”. Aguzando la vista hacia la puerta entreabierta, distinguió una esquina formada por esas paredes que siempre le habían parecido muy altas. Ocultas por la oscuridad del interior, no pudo determinar de qué color estaban pintadas. Descubrió que tampoco podía recordarlo. Sin embargo, tenía clavada la nítida imagen del resto del cuarto: las dos camas, con sus colchas azul y rosada o rosadas y azules ambas; la mesita de noche en medio; el foco solitario colgando del techo; el baño sin puerta; el espejo partido en una esquina, encima del lavabo; la ventana que daba a una azotea, un cementerio de trastos, catres, juguetes y otros objetos caseros.

Gabriela, no tuviste miedo entonces. Cerraste los ojos y todo ocurrió como si hubieras entrado en un sueño y yo te estuviera conduciendo por dentro. Hasta que yo me dormí y dejamos el sueño de ambos para entrar cada uno en el suyo. Cuando abrí los ojos para besarte, tú ya te habías vuelto a cubrir de orgullo.

Dejó el hostal. Caminaba hacia Abancay cuando empezó a caer una suave garúa, suficiente para despabilar a los transeúntes y vendedores ambulantes. Antes de que Pablo terminara de subir al micro, éste aceleró de improviso; el semáforo daba la luz ámbar. Observando desde adentro, a través de una ventana húmeda, las personas le parecieron más sosegadas, sin que nada en sus movimientos indicara el espacio turgurizado que pisaban. Apacibles, como en San Francisco. Luego, a medida que la imagen externa se iba desdibujando en la luna empañada, el micro aceleraba y las cabezas de los pasajeros se mecían cada vez más arrítmicamente, empezó a hurgar en su propio reflejo dibujado en el vidrio. No se había dado cuenta, pero aún tenía puestos los lentes ahumados.

El micro avanzaba lentamente por la avenida. Un sordomudo subió por la puerta delantera. Se sumergió en el gentío para entregar tarjetas del zodiaco que, esperaba, algunos le comprarían. Fuese por prisa u olvido, no recogió todas las tarjetas. Incómodo, Pablo guardó la suya. No había pensado colaborar, ni con él ni con ninguno de los cientos de vendedores que se suben a los micros. Por eso hubiera preferido botar ese papel por la ventana. Pero no lo hizo.

El tráfico se mantenía difícil. El micro se balanceaba hacia los costados, pugnando por ganar cada metro en la serpentera de autos. Los bocinazos no se hacían esperar, pero sonaban inútilmente. Como siempre. Un año atrás, Gabriela lo aguardaba para despedirse y él no llegaba. Pablo viajaba en otro micro atorado en la misma calle. Habían discutido la noche anterior sobre lo que no podía evitarse: ella y su familia se irían a vivir a Miami. Si Gabriela hubiera elegido quedarse, tal vez sus padres no habrían mostrado mucha oposición. Pero ella escogió seguirlos.

Papá tiene razón: el país no tiene futuro. Es una pena, pero así es. Comprende, a nadie le gusta vivir así; a nadie, salvo a ti y a tus amigos de izquierda, me dijiste. Yo traté de explicarte que no me quedaba para sufrir ni nada parecido. Tampoco tenía que ver con mis ideas políticas. De hecho, ya no militaba. Eran mis dudas sobre lo que yo quería. Miami, de seguro, no estaba en mis planes. ¿Un sociólogo en Florida? Me parecía algo tan raro como un pingüino en la Costa Verde. Qué más da, ni tú sabes lo que quieres, me respondiste. Por eso mismo, tenía que averiguarlo, te contesté. Enredé no sé cuántas ideas negativas que tenía sobre Miami. Creo que buscaba herirte, lo reconozco. Ni siquiera era un lugar donde uno podía pasarla bien, te dije al final. Yo sí me he divertido mucho con patas super bacanes, argüiste. Tal vez tú también querías provocarme. Me sacaste a tu primo Eduardo que vivía ahí. Sabías lo mal que me caía, pero tuviste que sacarlo. El, me dijiste, tenía muchos amigos "buenérrimos". Pero claro, agregaste con una evidente expresión de ironía, muchos son cubanos anticomunistas, de esos que a ti no te caen, pero a mí tus razones no me interesan, la gente es bacán o no, y punto. Nadie me da asco. Yo traté de aclararte que a mí nadie me daba asco. Sí, hasta yo, dijiste bajando la voz, sin mirarme. No seas tonta, respondí enojado. Había metido la pata. Pues esta se va a ir a vivir a Miami, sin el susto de que le pongan una bomba a la tienda de papá o que a mamá la detenga un policía para pedirle dinero, o que a Sergio lo agarren en una batida y lo lleven a quién sabe dónde..., te pusiste furiosa, tratando de justificarte. Yo intenté calmarte diciendo que te comprendía. Todo un rollo dándote la razón por guardar esos temores. Pero, es que hay tantos lugares en el mundo, ¿porqué Miami?, pregunté más para mí que para ti y volvimos a lo mismo. Hasta que tu padre se acercó a nosotros, me cogió por detrás del hombro y me dijo que ya cambiaría. El también había sido un idealista, agregó, pero la realidad lo había cambiado. Lo mismo haría conmigo cuando saliera al mundo a ganarme la vida y empezara a ver las cosas de modo distinto. Así sería, porque era un chico juicioso. Mientras el viejo me soltaba su discurso, su mujer dejaba la última maletita sobre la balanza. Apenas escuché lo último que dijo tu padre. Me quedé mirando

cómo la maleta avanzaba por la banda de plástico, hasta perderme en el túnel que daba al almacén. Era como si tú misma te estuvieras alejando, sentada sobre esa banda.

Recordó luego la figura de Gabriela encuadrada en la puerta del avión, dando pasitos lentos hacia atrás, hasta dejar tan sólo una estela imaginaria. Después de todo, esa misma estela ¿no había estado siempre entre ambos, marcando distancia? Nunca dejó de rondarle la certeza de no poder compartir con ella esa desenfadada actitud suya ante la vida. Puro egoísmo, le parecía a él. Como una actriz metida en su personaje, interpretándolo como poseída por su espíritu, aún cuando el teatro se viniera abajo. Salvo cuando los dos se dejaban llevar por sus juegos, sin los otros. Entonces ambos eran idénticos, alegres, despreocupados. Especialmente en esas tardes, cuando dejaban el circuito de fin de semana en Barranco o Miraflores, y tomaban su micro hacia el hostel, en el Centro. Las paredes deterioradas del lugar, el cuarto con el único foco pendiente de una tripa, la mesita de noche apolillada en un borde, las sábanas de color amarillo restregado, humoso, todo ello le producía un misterioso alivio. *Entonces yo te amaba, Gabriela. Frescos, livianos, exhalando bajo las arrugas de la colcha o con la madera del piso crujiéndonos en las espaldas. Somos unos cerdos, riendo me dijiste una vez, y fuimos unos cerdos. Y también ángeles, aspirando el aliento de Dios sobre los hombros del otro.*

El micro daba la vuelta en la plaza Grau. Pablo observó a un hombre desnudo que caminaba sobre los jardines del monumento al marino. Paseaba orgulloso, levantando el mentón, meciendo sus caderas como si buscara lucir su sexo negro. Sin embargo, no había nada de vanidad en su mirada fija hacia el vacío. Sólo orgullo. Pretensión de libertad. Locura. Parecía un rey Midas a quien nadie quiere dar la mano y hasta evitan tocarlo, por miedo a recibir alguna desgracia. Pablo se quedó mirando, acaso más por comprobar el asco de la gente que por desentrañar algún sentimiento de ese hombre. Pero el micro avanzaba y ya casi no se le podía ver: era el monumento el que aparentaba moverse y cubría todo lo que tuviera detrás. También la gente

dentro del micro se movía, dificultándole la visión por la única ventana desde la cual podía ver algo. Tal vez había aumentado el número de pasajeros. De hecho, por la puerta trasera salió un tropel de gente, apretujándose, en la cuadra uno de Grau, del mismo modo que entró otro grupo igualmente numeroso por la delantera. Cuando el micro descendió a la Via Expresa, notó –sin saber desde cuándo– que alguien lanzaba un discurso a todo el micro, casi al borde de su propio oído: “quien les habla es un artista de la calle, pero no, no vayan a creer que les vengo a pedir plata; no, caballero, usted se equivoca. Yo, señor, quiero solamente alegrarles la vida por un momentito. Yo soy un payaso de la vida, por eso hoy te voy a hablar de los pitucos. Hay unos que tú conoces, que viven en La Molina, en San Isidro, que tienen sus carrazos bien limpiecitos desde los quince años, esos que hablan o sea, an espik inglich, pero de a de veras, mister; esos que tienen cuarto para todo, hasta para el perro, que también es pituco, come carne pituca y ladra como pituco; guauuu, guauuu. ¿Manyas? Pero no te creas que son los únicos, never, hay otros pitucos, unos que viven en San Juan de Luriganchou tercer sector, manzana A, lote 6 (o sea six), o en Huaycán quinta estera a la derecha, subiendo el cerro detrás del cementery. O sea, mismo Jóligid. Pancrasios al natural, cholos con el pelo trinche, que no se asienta ni con grasa de carro, mejor que los gringos jevis. Y ellos cantan todo en inglés. No entienden nada, pero mastican el chicle Adams y ya parece que hablaran, total, igualito al quechua debe ser...” El joven ladeó el tronco hacia Pablo, empujado por una nueva multitud que presionaba para llegar a la puerta delantera. Este mantuvo un rostro imperturbable; apenas lo miró de reojo y volvió a buscar un hueco en la ventana, mientras seguía escuchándolo: “pero yo sé que esta vez no me encuentro con ningún pituco, yo sé que me van a apoyar, porque tú eres gente mi hermano, ayúdame comprándome estos deliciosos caramelos...” El joven sacó su bolsa de dulces y la levantó por encima de las narices de los pasajeros, para que nadie dejara de verla. Pablo dudó un momento cuando la bolsa se acercaba hacia él. ¿Debía o no colaborar? ¿Cómo se vería

si le decía algo? Deseaba dirigirle cualquier palabra de complicidad. Empezó con una tímida sonrisa de acercamiento. Pero el muchacho estaba ocupado con sus ventas y siguió de largo por el corredor. Al bajar, la puerta le cogió la bolsa. El conductor la abrió de nuevo, mientras volvía a emprender la marcha. Una vez más, Pablo pensó que, a pesar de sus esfuerzos, nunca lograba penetrar esos otros mundos. Apenas tomaba contacto, el diálogo se interrumpía, como cortado por el repentino cierre de las puertas de los micros. A pesar de las conversaciones, los gestos, los instantes compartidos, los lazos siempre se quebraban en algún momento y la distancia se hacía mar o multitud. Recordaba con frecuencia las palabras recitadas de “Hiroshima mon amour”, en el cuarto del hostel. Gabriela había seguido su iniciativa, entusiasmada por la imagen inicial de los cuerpos de los amantes enroscándose y el labio de la mujer metamorfoseado en hongo nuclear.

–Tú no has visto nada. Nada –recitaba mi parte mirándote fijamente.

–No he inventado nada –me contestaste. Sin levantar la vista del libro, sonreías nerviosamente.

–Tú lo has inventado todo –cambié a un tono más serio. Quería que sintieras el reproche. En nuestro código privado, tú sabías las cosas que yo te estaba inculcando.

–Nada. Igual que en el amor está ilusión existe (...) esta ilusión de jamás olvidar, igual tuve, delante de Hiroshima, la ilusión de jamás olvidarlo. Igual que en el amor –leíste con sobresaltos. En seguida abandonaste el libro encima de la colcha y te levantaste para ir, más bien escapar, al baño. Allí dejaste correr el agua lo más que podía. Yo alcé la voz: “Las pinzas quirúrgicas se acercan a una oreja para extraerla. Las noticias continúan”.

Lo siento, sé que no te traté bien. Tenías razón en enojarte, en demorar terriblemente la aceptación de mis disculpas. Pero al final, esa tarde, los dos nos perdonamos muchas cosas y disfrutamos de la lenta reconciliación. Quizás era eso lo que buscaba, poner en claro entre

nosotros la verdad, entonces irrefutable, de que nos amábamos entrañablemente.

Había demorado una hora en llegar a casa. Mamá lo esperaba con las maletas abiertas encima de su cama, lista a ayudarlo a empacar. Eran las siete y media de la tarde. A las nueve, salía de nuevo. Esta vez con la familia, en el carro de papá, rumbo al aeropuerto.

“No he inventado nada”, repitió para sí mismo cuando alcanzó a ver la torre del Jorge Chávez y el entorno de ladrillo, arena, esteras y esa pista agrietada por la que transitaban.

Una beca a Nueva York. Cuando postuló creía tener en claro un sólo motivo: Gabriela. Pero, desde el día que le llegó la carta de aceptación, más bien desde la noche siguiente, cuando habló por teléfono con ella y recibió sus felicitaciones y, luego de un gran silencio, le dijo emocionada que lo esperaba y que allá todo sería distinto, sin problemas, algo empezó a cambiar en Pablo. No se imaginaba en un lugar diferente deseando de igual modo a Gabriela.

Se apretó del asiento cuando el avión despegó de la pista. Vio con profunda nostalgia las casitas cuadradas de Lima, con los techos empolvados y las antenas viejas, esqueléticas. Luego las tierras áridas, las fibras rugosas del suelo y el mar que lo empezaba a cubrir todo, como una masa dura; después sólo las nubes negras y grises y finalmente el cielo abierto, el vacío. Hasta llegar a la noche sobre la ciudad de Miami.

No salió de la sala de espera. Descubrió que no se atrevía a encontrarse con Gabriela en los pasillos de ese aeropuerto. No deseaba confesarle que no viajaba por ella, otra ella, sino por él. La extrañaba y la extrañaría por mucho tiempo más, pero ya no como creía antes. Su imagen había quedado encerrada en el cuarto de ese viejo hotel a donde nunca volverían. Viajaba, igual que Gabriela un año atrás, para quitarse un peso de encima: su propio país. No quería admitir delante de nadie ese extraño alivio que sentía por haber salido de Lima, de ser en aquel momento un pasajero en tránsito. No deseaba reproches ni rostros amargos. *Menos el tuyo. Por eso estas*

palabras nunca te las diré, Gabriela. Estaba decidido: había abandonado una ciudad. Debía dejar atrás a la mujer que amó en ella.

— EL VERANO DEL CENTINELA —

Carmen Guizado

¡No dispaes, Cóndor 4! ¡No! ¡No la mates! ¡Te dije que no! Allí está Cóndor 1, entre la desesperación y el grito, sin aceptar que lo que está sucediendo es real.

Le han ordenado vigilar: ningún extraño debe acercarse a la casa distribuidora de energía. Desde la torreta, frente al cerro, Cóndor 1 ve caer el sol. El sudor le resbala por la espalda, pegándole la camisa a la piel y reseca su garganta. El sueño lo amenaza y para sacudirlo, empieza a hurgar en su memoria. *Albertina... tengo que encontrarte. Necesito verte. He ido a tu casa, al colegio, al lugar donde trabajabas, montones de veces en vano. Te he perdido. Los chicos del barrio (¿te acuerdas? el Candela, el chino, el Ganso...) nada saben de ti; cuentos, chismes de alguien que te vio pintando banderas en nuestro muro (el mismo que tú y yo blanqueamos entre risas y palabreo). Seca la transpiración de sus manos, frotándolas en los pantalones y coge los binoculares; observa la cima, pero el reflejo del sol en las lentes le impide seguir enfocando. Baja los prismáticos y distraído, los deja sobre la baranda. Al influjo del atardecer, sus recuerdos se hacen nítidos. Vendías sándwiches, como todas las chicas en los recreos, para reunir fondos y comprar escobas y pintura. Nos habíamos organizado en grupos para hacer el aseo. A mí me tocaba contigo ¡qué paja lo hacíamos! ¡qué limpio teníamos el colegio, nosotros, los de la nocturna! La plata nos alcan-*

zó también para hacer la fiesta del Día de la Madre y después, la de Primavera. Contempla el horizonte, la superficie del cerro y las sombras que se alargan con el crepúsculo. Aquí y allá, perros parduzcos, gallinazos y papeles que dan volantines en el aire. Un olor acre, salino, de muladar y extramuro, lo lleva a palpase la ropa en procura de un cigarrillo. Mientras lo enciende, sus ojos escrutan movimientos en la lejanía (¿perros? ¿gente? quizás gallinazos en busca de carroña). La penumbra extiende sus manos, desprendiéndose de las cuevas y agigantándose como en los sueños. *Bailamos –los ojos le relumbran sólo de acordarse– ¡Qué manera de bailar, Albertina! Yo quería que fueras mi enamorada esa vez, pero te hiciste tanto de rogar; pasé un año afanándote y tú, bien que te vacilabas.*

A pesar de la vigilancia una silueta se arrastra; venciendo la última loma da la vuelta, para iniciar el descenso. El viento levanta el polvo en remolinos hasta los vigías. Cóndor 1 busca a tientas los prismáticos y exclama: “¡Putá, qué cojudo!” mientras las lentes, que han escapado de sus manos, caen sin ruido sobre la hierba. “Si bajo a recogerlos ese hijo de puta del sargento, que se me ha prendido, me va a clavar diez días de rigor, sin contar las mentadas de madre. Mejor espero mi relevo para ir por ellos. Tamborilea impaciente con los dedos y vuelve a sus recuerdos. *Te propuse que te vinieras conmigo. Era cosa de invadir nomás un terreno (no faltan sitios; hasta en las faldas de los cerros la gente levanta su ranchito).* Las ropas color tierra y el pelo recogido, camina ágil, escudándose en las rocas. A la memoria de Cóndor 1 asoman las discusiones con su enamorada. “Claro, es fácil; *–te burlaste– palos y esteras es todo lo que necesitamos. Y ¿qué vamos a hacer, además? porque yo no pienso encerrarme en una choza a fabricar hijos*”. *¡Qué ganas de joder, Albertina!*

Lleva un bulto a la espalda y la cara cubierta de polvo. Alza la cabeza para divisar a los centinelas y detiene en ellos su mirada métrica. Después, avanza con cautela. Cóndor 1 extraña sus prismáticos y se pasa el puño por la frente sudorosa, como queriendo borrar el pensamiento que lo inquieta. *Habrá que esperar –me dije no muy convenci-*

do, ¿qué podía hacer? Y en la espera te vi crecer y cambiar; ahora salías con los de quinto, leías periódicos raros y hasta ensayabas hablar de conciencia de clase, de reivindicaciones sociales y de esas cosas que nunca entendí del todo.

Arañando unas veces el suelo, agazapándose otras, para no ser vista, la sombra avanza. ¿Te acuerdas esa vez que amanecieron las paredes llenas de consignas? “Viva el paro armado”, “El pueblo en pie de lucha”. Tú quisiste que faltáramos a clase, “para apoyarlos”. Y yo te dije “esas son cojudeces”, porque teníamos que estudiar, porque estábamos en exámenes y no quería que nos jalaran. Era una época bien fregada ésa: mítines de protesta, manifestaciones, huelgas. Y como no me daba la gana de participar, te ponías furiosa. Yo era un servil, un pisado, un traidor a la causa. Hasta cobarde llegaste a decirme. Estuvimos semanas sin hablarnos”.

A lo lejos, envuelta en un resplandor sangriento, la ciudad es casi un espejismo. Por llanos y laderas sólo se oye el cri-cri de los grillos. El centinela sonríe. No me aguanté mucho; apenas pude, corrí a contártelo; los dueños se iban de viaje y tendríamos la casa para nosotros solitos. Allí no más se te fue el enojo. Comenzaste a girar a mi alrededor, eras un trompo, inventabas cosas. Fue fácil decirle a la señora que tu mamá estaba enferma y tenías que viajar a tu pueblo. Salió bacán.

La silueta ha llegado a la explanada, disimulándose en la oscuridad. Un perro comienza a aullar. Los vigías se inquietan. Por fin alguien enciende una linterna. Otra vez eras tú, Albertina, mi hembrita entusiasta, ¡pura vida! Hubiéramos querido que esos días nunca se acabaran.

Huidiza, la figura consigue quedar fuera del cono de luz, fundiéndose en el muro; se libera de su carga y empieza a regresar, arrastrándose sobre el suelo. Pero no podía ser —reflexiona Cándor 1— nadie es tan lechero. Los dueños regresaron y todo volvió a su lugar ¡Qué pena, cuando te fuiste! Todos dormían, porque era tempranito. De ahí para adelante, nada fue igual. Sentía que me hacías falta, ya no volví a conocer la tranquilidad. Una niebla sofocante parece envolverlo todo. Cándor 4 ha cogido su largavistas y observa. Cándor 1 sigue abs-

traído. Por eso, cuando salí sorteado, hablé con el patrón a ver si me podía ayudar, porque yo no quería enrolarme. Pero él me hizo ver las cosas de otra manera. “¿Por qué no te alistas? –me aconsejó–. En el ejército te enseñan un oficio. Por lo pronto, apenas te licencies, consigues trabajo de “guachimán”. Entonces podrás casarte... Porque ¿no es eso lo que quieres? Cholo, tú estás enamorado, al tiro se te nota”. ¿Qué le podía decir? Tenía razón. Antes de acuartelarme pensé avisarte, pero no coincidimos. Te busqué varias veces. La primera vez que salí pasé por tu casa. Todo fue verme y te pusiste pálida. “Así que es verdad –te oí decir, barriendo con los ojos mi uniforme– ¿A qué has venido?”. Cóndor 4 enciende un reflector. “Te imaginas que siendo tú soldado vamos a seguir como antes? ¡Oluúdame! ¡Lárgate! ¡No vuelvas más!”. Tus palabras llenas de ira, de resentimiento me dolieron y no me quedó otra cosa sino quitarme. Estaba aplastado. Como una rata. Peor. Esa semana me fue muy mal; se me cayó el fusil estando de servicio; me pescaron con una chata de ron en plena guardia. Total, un mes de rigor. Cuando volví a buscarte, nadie sabía nada de ti; ni en tu casa, ni en tu empleo. Sólo chismes: que te habías metido en problemas por repartir propaganda, que andabas... ¡Mierda! ¿De dónde habrá salido ésa? –se asombra cuando la figura aparece, por fin, iluminada por el reflector–. ¿Qué está tratando de hacer? –Ella se ha puesto de pie, al verse descubierta y echa a correr, alejándose hacia la oscuridad. “¡ALTO! ¡LEVANTA LAS MANOS, MIERDA! ¿NO HAS OIDO, CONCHETUMADRE? (¿Y si le disparo? ¡Tengo que pararla, o nos friega!) ¡CARAJA! ¿QUE PASA CON ESTE FUSIL? ¡MIERDA! ¡CONDOR 4! ¡DISPARALE! ¡CERQUITA NOMAS, PARA ASUSTARLA! ¡AL CUERPO NO, MIERDA! (Esa chica... ¡no puede ser!) ¡NO LA MATES! ¡NO! ¡MIERDA, TE DIJE QUE NO!” Cóndor 1 ha tirado su arma al suelo, se precipita por la escalera y corre hacia el cuerpo inmóvil. Una voz se alza para prevenirlo. Se elevan muchas voces. Cóndor 1 sólo sabe que ha llegado al final de su búsqueda.

CONVERSANDO CON PABLITO

Maritza Kirchhausen de Salas

Estoy llena de trabajo en la oficina. Cada día crece más y más esa ruma de papeles como si fuera la de ropa. Y nuevamente suena el teléfono. Ah, no. Yo ya no quiero contestar, me digo. Pero puede ser Pablo. Claro, Pablo sabe que puede llamar a cualquier hora. Y cada vez que levanto el auricular o es mi jefe o es de la central, para avisar que están enviando más rumas de papeles; igual, sólo servirán para ser tirados por la ventana a fin de año. Pero puede ser que sí sea Pablo. Mejor, me digo, contesta pues. Y en la puerta está el conserje que me mira y me guiña el ojo como diciendo, hable no más señora que yo cuido y si viene alguien de arriba yo le vuelvo a guiñar el otro ojo. Aló...¿Sí? ¿Con quién desea hablar? Y es una pequeña y dulce voz. ¡Quién más podría ser! Aló ...¡Hola mi amor! ¿Qué? Sí, claro que estoy en mi trabajo, trabajando. Sí, cariño. ¿Cómo dices? No te escucho querido. ¡Aló! ¡Aló! ¡Pablo! ¡Pablito! ¿Por qué no bajas un poco el volumen del televisor? El botón negro, al lado del número nueve. ¿Qué? Ah, sí sabes cuál es el botón... Entonces bájalo un poco. Aló... Vaya, ahora sí que te escucho clarito. ¿Cómo has estado? Claro que lo marcaste muy bien. No, no te equivocaste de número porque estás hablando con mamá. Sí, ya sé que me extrañas pero tengo que acabar de trabajar. Después iré a casa a jugar contigo. No amor, no puedo salir antes. Tengo una torre de trabajo pero es para poder ganar mi

suelto. Después de trabajar regresaré a la casa. Es que las personas mayores tenemos que trabajar. Hay una interferencia en la línea. No, se lo estoy diciendo a Eloy. ¿Eloy? ¿No te acuerdas de él? Eloy trabaja en la oficina hace... ¿Qué? ¿Puedes hablar más fuerte mi amor? ¿Cuál Nescao? No, esa es una lata con mis yerbas. Mejor espera a que papá te lo sirva. Pero tienes que tener paciencia. Si papá está en el baño es porque tiene algo importante que hacer allí. Después te servirá tu lonche. No, esas yerbas son estomacales, no alimentan. ¿Qué galletitas? Sí, las galletas las puedes agarrar del repostero tú solito. Claro, te prometo que te contaré un lindo cuento esta noche. ¿Ahora quieres que te lo cuente? No, amor. Por teléfono no puedo. Eloy me acaba de guiñar el ojo. Es que eso significa que no puedo hablar mucho y... Bueno, no te preocupes, parece que le entró polvito al ojo y nada más. No, no tengo que llamar al doctor para que cure a Eloy. No, amor. No estoy tan cansada. Sólo fue un suspiro. Sí, como el que hace la abuelita todos los sábados...pero ese es suspiro a la limeña y se llama así porque ... No, amor. El cuento es bastante larguito y papá no lo sabe. Es uno nuevo. Lo inventé en el micro ... Claro, en el micro de ida siempre lo invento y en el de regreso les encuentro un bonito final. Claro que se los contaré en la casa. Sí, se los contaré a los dos. ¿A los tres? No, no me he olvidado de tu hermanito. Está aquí conmigo, en mi barriguita. No, Eloy. Estoy sola, no te preocupes. ¿Cómo dices, Pablito? No, cariño. Tú no puedes estar conmigo en mi barriguita. Ya te expliqué que estuviste allí hace seis años. Claro que te quería como a tu hermanito. Sí, si tú quieres tú le escoges el nombre. No, Agencia de Publicidad no suena bien para un nombre. Ya sé que es un nombre, pero es el nombre de mi trabajo. Los niños no se llaman como los trabajos, no pueden llamarse Agencia. Ay, Eloy. No me mires así. Pablito cree que estoy irritada y lo que más quiero es que esta ruma se llene de ruedas y las letras sean los avisos de parada del micro y ya estoy en casa jugando con él. No mi cielo, le decía algo a Eloy. ¿Pedro Pica-piedra? No sé. Tal vez Pedro no más, ¿no? Está bien, está bien. Ya veremos si le ponemos Picapiedra. No, a mí tampoco me gusta Pablo

Mármol. No Pablito. Pablo es un lindo nombre y por eso te llamas así. Yo lo decía por Mármol. Mármol a mí me suena a mármol como el laboratorio de la gerencia. Está bien, te prometo que no se llamará ni Betty ni Vilma si es que es mujercita. ¿Por qué gritas así? Háblame más despacio que mamá siempre te escucha. Es que sí puede ser mujercita, Pablito. No, tesoro... de mí no depende. Sí, ya sé que tú me pediste un hermanito, pero no puedo saber si será hombrecito o mujercita. No es así, amor... una mujercita también puede jugar contigo. Además me ayudarás a cuidarla y a darle de comer. ¿Por qué no? Claro, los hombres también ayudan a las mamás para que cuando sean grandes sean buenos papás y... No Pablito. No puede jugar contigo al fútbol desde que sale de mi barriguita. Vas a tener que esperar un poco. Primero tiene que aprender a sentarse, después gatear, y cuando camine ya le enseñas a jugar fút... No, Pablito. No va a haber guerra como en los dibujos animados entre tu hermanito y tú. Amor, no es así. Tu hermanito no te va a romper los juguetes. Le vamos a enseñar a que los cuide. Y no es bueno que mires tanta televisión porque hace daño. ¿Te parece? Muy bien. Ahora tengo que terminar mi trabajo para subirme al micro, inventar el final del cuento y llegar a casa y contártelo. Es que Eloy me está trayendo más y más papeles y ya no tengo sitio ni en mi escritorio, ni en mi silla, ni en mi oficina para tantos papeles. Por Dios... nunca voy a terminar... Claro que me encanta escucharte, Pablito. No, no te voy a colgar. No, aunque me llene de papeles hasta la cabeza. Sí, claro que recuerdo cuando se te cayó el diente. También le daré un regalito cuando se le caiga el suyo. No, hijito...no le daré el tuyo, él tendrá su propio regalito. Bueno, si te gusta se lo pides prestado y lo usan juntos, lo compartirán. No, todavía no he pensado en el regalo para tu hermanito. Pero para todo eso falta mucho tiempo. Para que nazca faltan ocho meses y para que se le caiga el diente seis años. Ocho meses es cuando sea verano de nuevo y yo tenga más y más papeles que revisar. Sí, verano es cuando estás de vacaciones en el nido. Por supuesto que irás a la playa con mamá. No amor. No se demora todo el verano para nacer. Es sólo un ratito, como cuando ha-

blamos por teléfono. No, yo nunca te he colgado. ¿Que por qué no nace ahora que hace frío? Mmm, es que prefiero que sea en verano para que no se resfríe. Claro que te voy a seguir queriendo. A los dos los voy a querer siempre igual. Papá también. No sé, mi amor. No sé si papá querrá armar la cuna desde ahora. Es demasiado pronto. Sí, yo te dije que nace en un ratito, pero no ahorita. Falta mucho para el verano. Si, tú serás siempre el hermano mayor, Pablito. No, no puedes tener un hermano mayor. Tú naciste primero y todos los que vienen después son tus hermanos menores. No, cariño. No sé si después tendremos más hermanitos... No, yo creo que no te estoy hablando muy rápido. Es sólo que Eloy me vuelve a guiñar el ojo y... No, no creo que nazca justo el día de tu cumpleaños. Pero si sucede entonces siempre lo festejarán juntos. Bueno, sí no quieres no. Uno con su fiesta en la víspera y... víspera significa "un día antes". Es que también se puede festejar así. Claro, como papá que invita a los tíos el día anterior a su santo. No, Pablito, no vas a tener que tomar café fuerte al día siguiente. Eso sólo le pasa a los grandes. Bueno, por tu santo te daré un poquito de café con tu desayuno. No, a tu hermanito no. El sólo va a tomar leche. Sí, de mi teta. Como tú. ¿Ahorita quieres que te los amarre? No puedo, Pablito. Estoy en la oficina y tú tienes los zapatos en tus pies. Bueno, entonces, sígueme bien. Agarra los dos y ponlos bien estiraditos ¿Ya? Ahora el derecho... ¿El derecho? Es el del lado de más acá, el lado derecho es... es como el lado de tu cara en el que tienes el lunar. Claro que me gusta tu lunar. El izquierdo es el otro lado. Ahora pasa el del lunar por encima del otro lado de tu cara y dale una vueltita por abajo. ¿Ya está? Ahora jala los dos extremos, bueno, las dos puntas. ¿Un nudo? Sí, si quieres ponte las sayonaras... ¿Sabes qué, amor? Yo te quiero mucho y me muero de ganas de estar contigo, pero aquí tengo mucho trabajo... ¿Ah? Está bien, si ya empezaron Los Picapietra puedes ir a verlos. Chau, Pablito.

NOTA DE LA EDITORA: Originalmente, este texto fue concebido como un monólogo para teatro.

— A LA LUZ DEL MEDIODÍA —

Fiorella Magán

*“Solo le pido a Dios
que la guerra no me sea
indiferente.”*

Echado junto a una carpa, Caca miraba a las mujeres cargar enormes cántaros de agua que balanceaban habilmente sin perder el equilibrio. Amplias túnicas negras y mantos cubriéndoles el rostro las protegían del sol y el viento del desierto. Las moscas enormes, atontadas por el calor, se posaban perezosamente en las cabezas de niños semidesnudos, con los vientres hinchados, que corrían por todo el campamento deteniéndose a veces para mirar, con expresión de cachorros, cómo sus padres enseñaban a los mayores a cargar y disparar los fusiles que apenas podían llevar a la espalda. Sin embargo a él no lo engañaba esa aparente normalidad, su instinto le hacía presentir que algo andaba mal. El ruido se escuchaba lejos pero sin tregua. De noche, Caca paseaba en el aire fresco buscando lagartijas y sospechaba que todos estaban despiertos, sólo fingiendo dormir, olían el peligro, como él.

Cuando el sol estaba en lo alto del cielo, caían de rodillas con la cabeza tocando el suelo ardiente, mirando el extremo del desierto, desde donde se escuchaban más fuerte los bombardeos. Oraban en silencio y, por un momento, podía oírse el viento levantando nubes de polvo y arena, un aliento sofocante que abrasaba la garganta a cada bocanada y alzaba levemente el ruedo de las túnicas. Caca, tendido en la sombra, se adormecía mientras pasaban por su mente imágenes

del tiempo en que vivía en la parte alta, rodeado de vegetación, de flores cuyo polen se le metía en la nariz, haciéndolo estomudar; podía sentir la frescura bajo los árboles y hurgando entre la hierba húmeda. Todo era tranquilo hasta que llegaron ellos. El anticipó su presencia con aullidos que no consiguieron alertar a nadie.

Destruyeron todo; las casas, los lugares para orar cuando el sol estaba en lo alto del cielo, los animales, la gente. Hombres enmascarados con pantalones oscuros y boinas negras gritando y disparando, lanzando un aliento quemante por bocas de metal.

Con el rabo entre las patas, se escondió en las ruinas de lo que fue una casa hasta que cesaron los bombardeos y dejó de arderle el hocico. Durante días caminó entre escombros, viendo gente tirada en inverosímiles posturas, amontonada en las esquinas, algunos caminando sin dirección, asustados, escondiéndose o disparando como dementes.

A punto de morir de sed, se acercó a uno que estaba tendido a la sombra y bebió la sangre que manaba de los muñones heridos de sus piernas, hasta que el hombre lo apartó con un alarido desde el fondo del agujero deforme, sin labios ni dientes, que había sido su boca. A veces a él también lo perseguían, le tiraban palos y piedras, le disputaban los desperdicios. Sólo quedaba alejarse gruñendo y mostrando los dientes en señal de desafío. Así, mordiendo y escapando pudo sobrevivir; pero el ambiente se hizo cada vez más hostil, y llegó el momento en que supo que debía correr, huir de la gente, de esa ciudad en ruinas que ya no era su casa. Se adentró en el desierto.

Sólo algunas ratas, lagartijas y otros animales pequeños lo ayudaron a subsistir en el inmenso arenal. El lomo comenzó a escocerle terriblemente, hasta transformarse en una llaga que no cicatrizaba, despidiendo un fuerte olor a carroña; las aves de rapiña hacían círculos alrededor y sobre él, esperando. Cuando ya no pudo seguir, se tendió en el suelo con los ojos vidriosos y la lengua afuera, hasta que sintió una mano acariciándole la cabeza, el pellejo marrón y sucio. Otras manos lo levantaron. Quiso gruñir, morder, pero no tuvo fuerzas y se dejó llevar mansamente.

Pensó que estaba de regreso en la parte alta al percibir el frescor de la sombra, la gente y los sonidos familiares. Desde el primer día se acostumbró a que lo llamaran Caca, por el extraño color que el sol le había dado a su escaso pelaje. Pronto volvió a correr. Allí nadie le hacía daño, nadie sangraba, era como antes.

Ellos nunca se quedaban en un lugar mucho tiempo, ya estaban preparando todo para irse otra vez. El ruido se acercaba. Se reunían alrededor de un aparato de radio; entonces, Caca podía sentir el miedo, verlo retratado en sus caras oscuras. Era por eso, por el humo que quemaba. Apenas volvió el ardor en el hocico supo que tenía que huir nuevamente. No los podía esperar. Pasó en silencio, de madrugada, junto a un niño/vigía dormido sobre su fusil.

El sol estaba en lo alto del cielo cuando oyó la gran explosión del otro lado del desierto, el lugar hacia donde se inclinaban para orar. Entonces, por última vez, y como otros muchos aquel día, Caca hundió suavemente el hocico en la arena, a la sombra del gran árbol de luz.

— EL BUEN AIRE DE LA NOCHE —

Viviana Mellet

El hombre abrió la puerta con suavidad y entró en su casa. En la penumbra, las luces de colores que proyectaba el televisor danzaban sobre la pared del vestíbulo. Su mujer, hundida en el sofá, veía la telenovela de las ocho. Con el volumen al mínimo, el aparato emitía un ronroneo desigual. El hombre se acercó con pasos lentos. Carraspeó. Ella levantó la cabeza y sus labios se rozaron.

—¿Cómo estás? —preguntó él. Ambos sabían que no era necesario responder.

—Ahí ... —contestó, distraídamente, la mujer.

—¿Y mi mamá?

Tampoco para esta pregunta esperaba respuesta. Era tan sólo la fórmula que le permitía, cada noche, dar los cinco pasos hasta la puerta y sumergirse en la oscuridad del corredor.

No, no esperaba respuesta. Alguna vez, había tenido la ilusión de que ocurriera un milagro. Que su mujer le contestara, por ejemplo, “tu madre salió a dar una vuelta” o “ya se durmió” o “come” o, —¿por qué no admitirlo?—, con el mismo tono indiferente, hundida en el sofá y con el control remoto en la mano: “Ha muerto esta tarde”.

El se habría entristecido. Se habría quitado los lentes para secarse las lágrimas. Tal vez su mujer lo habría consolado con una caricia fraternal. Pero, en el fondo, se habría sentido aliviado. Mas hacía tiempo

que había perdido las esperanzas. La longevidad de su madre había traspuesto los límites de lo razonable y él se había acostumbrado a la idea de que el tiempo se había detenido, que no había, en su vida, pasado ni porvenir. Sólo esa dimensión circular que empezaba y terminaba en aquel umbral desde donde, antes de sumergirse en la oscuridad, oyó a su mujer repetir “ahí...”

Avanzó, aflojándose la corbata y se acercó sin ruido al hilo de luz que salía por la puerta entornada. Tendida en la cama, la madre veía la misma telenovela que su mujer, pero con el volumen varios decibeles más alto.

—¿Mami? —Bajó el volumen con disimulo. La araña de bronce ennegrecido iluminaba brillantemente la habitación. Esta era amplia, con una ventana grande que daba a un jardín caído en desgracia. Era, sin duda, la mejor habitación de la casa. Sin embargo, atiborrada como estaba de muebles y adornos pasados de moda, y escasamente ventilada, causaba una opresiva sensación de estrechez. A su edad, la anciana había adquirido, entre otras, la manía de amontonar cachivaches y le temía a las corrientes de aire. Se respiraba un vaho rancio, como de manzanas podridas.

Ella hizo el ademán de incorporarse, exhalando un quejido. Su mirada de desamparo atravesó la habitación y se posó, como un lastre, sobre el hijo. El se acercó encorvado y arrastrando los pies, la besó en la frente y formuló la misma pregunta hueca e inevitable.

—Cómo estás... —dijo. Entonces ya no había escapatoria. El saludo era el detonante para que el círculo se precipitara a girar en la misma ineludible dirección. La respuesta cambiaba de disfraz todas las noches, pero era siempre el mismo doloroso aguijón hundiéndose entre los riñones.

—Igual... —dijo ella con la voz cascada—. De qué otra manera puede estar una vieja enferma como yo... estorbando, aburrida, harta, pues.

El hombre fingió que no la oía. Se agachó, recogió del piso unos pedazos de papel higiénico y los arrojó a la chata debajo de la cama.

—Llegas tarde —le reprochó la anciana.

–Mucho trabajo –se disculpó él, irguiéndose. Se quitó el saco y lo colocó con cuidado sobre el respaldar de la silla. Suspiró antes de volver a preguntar.

–¿Comiste?

–Es un asco... –farfulló ella.

El vio el azafate con la comida intacta sobre la cómoda y lo acercó a la cama. Hundió la cuchara en la sopa y se la ofreció, sin mucha resolución.

–Tienes que comer, mamá; por favor...

Ella apretó los labios y volvió la cara.

–Estará helada... –protestó.

El hombre tomó un sorbo y comprobó que la sopa estaba fría.

–Me la trajo temprano –rezongó– y en un gesto despectivo señaló con la cabeza hacia la puerta. Como a un bebé –añadió con disgusto–. A esa hora no tengo apetito.

El hombre retiró el azafate y lo colocó nuevamente sobre la cómoda.

–...y todo por atender a ese hombre.

–¿Cuál hombre? –preguntó él y se dio cuenta, demasiado tarde, de que una vez más caía en la trampa.

–¡Quién será!

–Habrá sido Pablo, mamá.

–No sé... no creo. Hace tiempo que tu hijo no viene por aquí. Además, habría entrado a saludar a su abuela, ¿no crees?

El hombre no respondió. De espaldas a ella, ordenaba los frascos y las cajas de medicinas sobre el velador. La anciana continuó hablando entre dientes.

–No le conocí la voz. Hablan tan bajito... o será que me estoy volviendo sorda.

Por un instante, sólo se oyó un goteo en el baño. De inmediato se reanudó el zumbido del televisor.

–Vamos, mamá, come algo.

–No, no quiero.

– Aunque sea la gelatina. Yo te la doy.

El hombre acomodó los almohadones bajo su espalda y alisó las sábanas amarillentas. Luego, inclinándose, cogió a su madre por las axilas para incorporarla.

–¡Ayayay! –se quejó ella.

–¿Qué pasó? ¿Te duele?

Ella no contestó.

–¿Dónde te duele? –insistió él, sin perder la calma.

–Aquí –dijo ella y, señalándose la cadera, preguntó, con aparente timidez.

–¿Me frotarías con Hirudoid?

El le remangó el camión de franela y el cuerpo desnudo de la mujer quedó al descubierto. Era menuda, pálida. La piel, magra y reseca, formaba pliegues sobre el vientre, hundido entre los huesos afilados de la pelvis.

Los senos colgaban hacia los lados y podrían haberse confundido con los pellejos del vientre, de no ser por la sombra azulada de las venas y las aureolas rosadas, infantiles, en la que se ahuecaban, marchitos, los pezones. El vello blanco, escaso, dejaba ver el pubis, desproporcionadamente carnoso, como el de una niña. Ella se cubrió con la punta de la sábana, en un inútil gesto de pudor, pues el hombre estaba acostumbrado ya a su desnudez.

– ¡Qué barbaridad! –exclamó él, al ver la cadera amoratada–. Mira lo que te has hecho –la reconvino–. ¿A qué fuiste a levantarte, mamá?

Ella guardó silencio, enfurruñada y con los ojos clavados en el televisor. La protagonista lloraba ahora, con los ojos secos y sin estropear el maquillaje.

–Contéstame, mamá –levantó él la voz, empezando a perder el control.

–No me hagas hablar... –amenazó ella.

Secretamente, el hombre temía –¿deseaba?– que en cualquier oportunidad ocurriera algo terrible. Que su mujer enloqueciera y golpear a la anciana, o la atormentara, o la martirizara, como en las películas antiguas de Bette Davis o la Crawford. Intuía que, a pesar del

horror, el mundo adquiriría coherencia. Que su vida tendría, entonces sí, cierto sentido.

Sin embargo, las acusaciones de la madre obedecían siempre a un resentimiento sordo cuyos fundamentos se diluían en el tiempo. Como esposa del hijo único, la mujer atendía a su suegra con resignación. Sin afecto, pero también sin odio. De eso estaba seguro.

–Dime –intentó persuadirla, recuperando el tono paciente–. ¿Qué pasó?

–Quería ver.

–¿Qué cosa?

–Tú no me crees, hijito –gimió ella– no quieres verlo. Su voz se quebró. Sollozaba. El llanto de la anciana se entremezclaba con el de la actriz de la televisión y ambos llantos, secos y excesivos, removían el agujón entre los riñones.

A lo lejos, se oyó una puerta que se cerraba. Mientras el hombre aplicaba el ungüento, adivinó a su mujer, cerrando la puerta tras ella. Recordó sus caderas, redondeadas por la madurez, pero aún apetecibles. Su cintura fina, a la moda de los cincuenta, y su cabello recogido en la nuca.

De espaldas, siempre de espaldas. Desde hacía tantos años, se había sumido en el silencio y en las sombras, viviendo de espaldas a él. Esa noche, como las anteriores, él entraría en el dormitorio y la observaría dormir –¿dormía realmente?–. Su silueta dibujada bajo la colcha, de espaldas a él. Y aunque esto no fuera una metáfora y él ya casi hubiera olvidado su rostro, ella, sin embargo, nunca se había quejado ni le había reprochado nada. Lo había amado así, débil de carácter y parco como era, hacía muchos años, cuando se conocieron. Pero a pesar de que nunca ambicionaron una vida novelesca, ni apasionada, tampoco imaginaron jamás convertirse en los extraños que eran ahora. Se dijo, una vez más, que se sentía derrotado. Que a pesar de sus esfuerzos, no había logrado las sencillas metas que se había trazado en la vida: ser un buen hijo, un buen marido, un buen padre. No supo contra quién pero sintió mucha rabia.

–Nunca la quisiste ¿verdad, mamá? –Se oyó decir, en un exabrupto. Oyó su voz como un eco, como la voz de un extraño, y oyó que sonaba a reproche. De inmediato se arrepintió, y se encogió como evitando un golpe invisible. Era imposible recoger sus palabras, que flotaban como pelusas en el aire. Un silencio helado se instaló en la habitación y los ojos de la madre se clavaron, feroces, sobre los ojos de él. Bajó la mirada.

–Maldita –dijo ella con lentitud, saboreando cada letra–. Me robó a mi hijo, a mi único hijo. Me robó a mis nietos. –El hombre continuaba mirando al suelo en silencio–. Me robó mis cosas, mi casa, arrinconándome en este cuarto. ¿Cómo puedo quererla?

El no habló. Había aprendido que el silencio, como el tiempo, curaba las heridas. Después de un rato, levantó la vista y la posó en el televisor y así pasaron los minutos, largos y viscosos. Tenía deseos de irse a dormir, pero no encontraba el momento oportuno. Estaba muy cansado. Pensó que estaba casi tan viejo como su madre cuando él empezó a atenderla y que ya no tenía fuerzas para vivir. Pasó mucho tiempo antes de que se decidiera a levantarse. Fingió bostezar.

–Me muero de sueño –dijo, finalmente.

–Quiero orinar –masculló la anciana.

El colocó la chata y apartó la mirada. Luego, la retiró y se dirigió al baño. Desde allí la oyó hablarle.

–No te olvides de prepararme tú mismo el desayuno, mañana. La mujer esa le pone kilos de azúcar al café...

–Sí, mamá.

–Y date tiempo para que lo tomes conmigo.

–Sí, mamá.

–No te olvides de dejarme la chata enjuagada junto a la cama.

–Ajá –contestó él con docilidad. Y, sin hacer ruido, depositó la chata junto al excusado y se lavó las manos.

Regresó a la habitación y apagó la luz y el televisor.

–Asegúrame la ventana, hazme el favor –dijo ella con voz débil. Había cerrado los ojos y sus canas resplandecían en la oscuridad.

No vaya a ser que me mate un chiflón de éstos...

–Sí mami –contestó él. Se acercó a la cama e, inclinándose, besó a su madre en la frente. Buenas noches, mamá –dijo.

Luego, antes de que su silueta se alejara por el corredor, encorvada y arrastrando los pies, se aproximó a la ventana y la abrió de par en par.

— EL ESPEJO —

Gladys Rossel Huicí

¡Vamos, qué absurdo!... ¡venirme usted también con el asunto de la casa y la herencia de mi tío Andrés!... eso no tiene nada que ver con lo que está pasando... Bueno, déjeme decirle, si hay que encontrar un culpable, vea, entonces, habría que echarle la culpa al espejo de tres cuerpos que me pusieron en el vestier... Y no se ría, en el espejo fue donde comenzó la cosa, porque, porque ya haría más o menos unos tres meses que nos habíamos mudado a la casa nueva. Y respecto a la muerte de mi tío, dicho sea de paso, no me afectó en lo más mínimo porque no nos frecuentábamos hacía más de treinta años, y esto, tal vez mucho más... Nos enteramos hace como un año, y, casi, —con perdón de Dios— fue una buena noticia, ojo que se lo digo por mí, porque lo que es para mi marido y mis hijos fue la mejor noticia que habían recibido en sus vidas... para mí no tanto, en realidad, y no me estoy haciendo la santa. Para comer y lo más necesario nunca nos faltó la plata. Tampoco teníamos lujos, siempre lo justo con las justas; pero, en fin, yo me las arreglaba y nadie podía quejarse en la casa... ¡ah!... como le estaba diciendo: si quiere echarle la culpa a lo que sea, échesele al espejo, pero que conste que tampoco lo pedí yo sino Roxana, después opinaron lo mismo mis otros hijos y hasta mi marido me vino a decir: —oye, Estela, los chicos tienen razón, hay que poner un espejo grande en tu vestier, eres la dueña de la casa y debes tener

todo muy bien arreglado y allí lo que hace falta es un buen espejo para que se ilumine mejor la habitación y te vistas con más comodidad-. Bueno, total, a mí no tenía por qué fastidiarme la sugerencia, plata había de sobra para comprarlo, y si ellos creían que la casa se iba a ver mejor, pues, ni modo... y lo compraron hace unas dos semanas, eso sí, reconozco que el vestier se ve mucho más grande, sobre todo porque al frente, casi a la entrada de mi baño, hay dos maceteros con sus plantas bien bonitas, y desde la instalación del espejo de tres cuerpos, parece que hubieran cuatro maceteros, y si se mueven las puertas laterales, se reflejan seis, ocho y... ¡disculpe!, ya me estoy dispersando... como le estaba diciendo: todo comenzó allí. Yo todavía no me acostumbro a tener sirvientas, siempre hice mis cosas sola, claro que ahora la casa es demasiado grande, de dos pisos, sótano, ocho dormitorios, dos salas, seis baños, yo me ocupo de todo, mejor dicho: me ocupaba de todo. Bueno, una mañana después que se fueron los chicos al trabajo y a la universidad, lo mismo que mi nuera y mi marido, yo me fui a duchar, y justo cuando me estaba enjuagando sonó el teléfono, ahora tenemos montones de anexos, hasta en mi dormitorio, así que salí disparada a contestar, ya no me acuerdo quién era, seguramente equivocado, pero después, cuando regresaba de nuevo al baño, pasé por el vestier y me ví reflejada en los espejos recién puestos, de frente, por detrás, de perfil, usted sabe, por todos lados, y no ponga esa cara de estar aguantándose la risa ¡ríase nomás!, yo también me reí un poco, sólo un poco, luego me quedé inmóvil, mirando esa figura, que no sentía mía, multiplicada por tres. Tiré la toalla y me di cuenta de golpe en lo que me había convertido... ¿Me creerá si le digo que antes yo pesaba cuarentiocho kilos?... bueno, cuando digo antes me refiero a la época en que me casé. Ya se habrá enterado usted que no soy tan vieja... tengo cincuentiseis años y cinco meses, la misma edad que Joan Collins... ya sé, no soy ninguna muchachita, claro, pero míreme, con estos rollos, tan llena de arrugas... no sé cuánto rato me estuve mirando porque de pronto comprendí que lo mejor de mi vida –treintaseis años exactamente– los regué como quien echa

migajas a las palomas, por las puras. Ellas vuelven y te buscan siempre y cuando tengas algo para darles, algo que les interese; pero si comprueban que ya no te queda nada, entonces se van, y no tienen por qué agradecer lo recibido. Se van porque nunca hubo amor, solamente interés y, claro, la culpa no es de ellas... Para mí ha sido igual. Dar, dar, porque creía que eso estaba bien. Siempre lavando, planchando cerros de ropa, haciendo la comida, levantándome a las seis de la mañana –invierno y verano– echando cera, fregando platos, cosiendo... nunca unas vacaciones ni tiempo para agarrar una revista o arreglarme las uñas; y ahora toda esa plata, sin saber qué hacer con ella; aunque, por cierto, mis hijos, mi marido y hasta mi nuera sí saben muy bien en qué van a gastarla y andan llenos de proyectos en los que no se me incluye para nada. ¿Dónde estoy?, me pregunté entonces, ¿dónde quedó esa linda muchachita que ingresó a la normal y le gustaba leer a Rubén Darío, tocaba piano y era la esperanza de sus padres?... Todo: ¡nada!... cinco hijos que me adoraban mientras les servía como una esclava, y un marido modelo, así dice él, que me tenía en un altar porque nunca le pregunté a dónde se largaba los viernes por la noche, ni de dónde sacaba las marcas de lápiz de labios en las camisas y hasta en los calzoncillos, ni para qué se bañaba y se cambiaba de ropa interior cada vez que tenía una de esas reuniones de negocios que duraban hasta el día siguiente, pero debe usted saber que, cuando salía conmigo –las poquísimas veces para ir a algún velorio o misa de difuntos–, nunca se cambió nada... Bueno, usted me entiende, una se casa, se embarca con el primer hijo, después llegan los otros... ya no se puede protestar ni exigir, “para que no te abandone tu marido” como decía mi madre, y siempre la misma cosa: “ya vendrán tiempos mejores, ten paciencia”, y nunca llegaron esos tiempos, ni nadie se interesó jamás si yo estaba bien o estaba mal, ¿cómo podía enfermarme o estar cansada con cinco hijos –casi seis con mi marido– cuando ellos no sabían ni encontrar una cuchara?... Pero ahora ya no, ya nunca más, señor; todavía estoy a tiempo de convertirme en una persona. Usted querrá saber: ¿y los hijos, el esposo

y la nuera con su barriga y sus clases en la universidad?... Discúlpeme usted, pero: ¡A la mierda! ...Voy a ser distinta, quiero ser yo misma, integrarme a la vida y no verla pasar a través de la ventana. Que se busquen sirvientas o se atiendan ellos solos.

Ya hablé con el cirujano plástico y pedí turno en el gimnasio y también en el salón de belleza, estoy decidida a cambiar, pese a quien le pese, aunque le duela a la tonta de mi hija Alejandra. Figúrese no más que hace tres días me vino toda llorosa a decirme que cómo me voy a hacer la cirugía plástica, que le da mucha vergüenza lo que van a decir sus amistades... Claro, ya se olvidó de la época en que me gané ese pleito grandísimo con su padre, cuando la estuve alcahueteando para que se operase de la nariz –que le salió ganchuda, igual a la de mi marido– y ella creía que por ese motivo la había plantado el enamorado... ahora no se acuerda de nada, ni siquiera de los malabares que tuve que hacer para juntar la plata; ni tampoco que vendí los aretes de granate que me regaló mi abuela, todavía me parece estar escuchándola; me basta cerrar los ojos para volver a oír de nuevo cada una de las palabras “mamita querida, déjate de andar diciendo esas tonterías sin sentido porque no son de persona cuerda y nos estás causando tanto dolor y tanta preocupación, ¿no te das cuenta de que podríamos ser tan felices si a ti se te olvidan esas cosas de que vas a cambiar y que quieres ser otra?, nosotros te queremos como eres, entiéndeme por favor y has que vuelva la paz en la familia”, ¿me oyó usted? ¡figúrese, habló de paz!... es fácil pedir paz, aunque, naturalmente, lo que pretendía decir era: “mami sigue siendo nuestra esclava y no se te ocurra tener pretensiones de persona normal, porque nos quedamos sin tu servicio a tiempo completo y eso nos complica la vida. Es muy cómodo pedir comprensión, paz y armonía cuando se es el agresor. ¿Así será lo que está ocurriendo en el resto del mundo?, ¿no cree usted?... Los que piden paz siempre están del otro lado del sufrimiento y la explotación.

Todos me quieren mucho, como ya se lo dijeron a usted, pero se olvidaron de contarle para qué me quieren, ¡para esclava!, bueno, total,

la de la plata soy yo, así que no me fastidien más porque me largo, sí, señor, me largo, y conste que no estoy loca, ¿no es cierto?... Quiero ser una persona, nada más, y que no me vengan con que “ya viví mi vida” porque ¿cuál vida he vivido, santo Dios, sirviendo a esa recua de egoístas mañana, tarde y noche?... nunca una satisfacción ni un placer, y cuando digo placer también me refiero a “lo otro”, al principio, muy bien, cada vez que se le antojaba al caballero, cuando pasó la novedad –me refiero a la de él porque yo nunca me enteré muy bien de lo que se trataba– una vez a la semana, para cumplir –no sé con quién, porque conmigo no era– y después de unos cuantos años y cinco hijos, creo que era para mi cumpleaños y por el día de la madre; así que no me vengan con que ya viví mi vida; y no es que me vaya a volver una vieja verde, no señor, soy una mujer de principios, educada a la antigua, pero quiero verme bien y sentirme bien, lucir mejor de lo que estoy, ir al cine... quizá hasta vaya a conferencias, a charlas, o salga de viaje, ¿por qué no, dígame, por qué no?... Eso es todo, al menos, creo que ya le conté todo el problema... ¡ojalá usted haya entendido que eso no tiene nada que ver con el climaterio! ni crea que me he trastornado con la historia de la herencia. Si le va a echar la culpa a algo, ya le dije ¡échese la al espejo!... ¿verdad que usted me entiende?... ¿no es cierto que no estoy loca?

Y ahora, por favor, sea sincero conmigo, doctor, ¿para qué me han traído a esta clínica y me tienen durmiendo todo el tiempo?, ¿podría explicármelo?...

— DESPERTAR —

(Leyenda)

Carla Sagástegui

Dicen que cuando ella dejó de soñar, llovió como nunca había llovido aquí en la Colpa. Tan fuerte fue la lluvia que arrancó los sapitos de oro que adornaban esta pileta y un montón de vacas se fueron con el río que se formó. Por eso pusieron en venta la hacienda y el indio Vilca fue el único que tuvo para comprarla.

El abuelo de Glicerio Gavilán nunca lo dejó acercarse a la vieja. Sentada ahí, como muerta... Aunque el cura dijera siempre que estaba viva. Glicerio no le creía, así que el anciano lo llevó un día donde la vieja y le puso el espejo bajo su nariz, y el espejo se puso blanco.

Glicerio Gavilán regresaba a la hacienda después de varios años de vivir en Lima; el capataz le dijo que la vieja seguía viva y él, entonces, recordó cuando su abuelo contaba que ella dormía, que no comía, que se alimentaba de sueños, y la María decía que sí, que la había visto un día de lluvia al ir a buscar a su perro, contó que se estaba poniendo flaca y todos le creyeron, porque cuando otra vez se durmió y dejó de llover la vieron engordar. Al llegar Glicerio a la pileta, no estaban los sapitos de oro y las casas de los peones eran nuevas. Fue entonces cuando corrió a la laguna y no encontró ni un sólo pato, ni el puente, ni las casitas. Había llovido y casi todo estaba cambiado, casi todo, porque la vieja estaba ahí, con la misma ropa con la que apareció y en el mismo sitio, soñando. Glicerio la encontró dormida, como

cuando chico, como la vez que le puso un vaso de leche de la “Paquita” para que se la tomara y fue el perro de María el que se la tomó, mientras la vieja seguía ahí, soñando.

Glicerio se dirigió con seguridad hacia ella, mientras algunos peones lo miraban asombrados...

–Recuérdese señor que ahora el patrón es Vilca, ya no su abuelo.

–Sí, cholo, sí, pero no me va a prohibir que me pasee por la hacienda o me quede conversando con la vieja, ja, ja, váyanse nomás, no se preocupen.

Nadie me ve, me acerco calladito al lado de la vieja y la miro (*Don Glicerio, su abuelo ha muerto*). Sigue durmiendo, parece muerta, parece que así uno la pise ella no se despertará, pero no voy a pisarla, para eso tengo el látigo (El de mango de madera que usaba el viejo “pa’ la indiada desobediente”). ¿Y si vuelve a llover?... Estoy por regresar, me ha entrado un miedo horrible, pero tengo que despertarla o matarla (*Su abuelo era bien macho*). El perro de María viene, parece que trata de evitar que me acerque a la vieja, qué raro, lo boto de un grito, me observa triste y se va. Empiezo a golpear a la vieja, pero ni se mueve (*Su abuelo nunca la fastidió, le tenía miedo*). Le pego fuerte, fuerte, y ella de pronto abre los ojos y me mira y la lluvia que comienza, que no deja de caer...

Glicerio Gavilán corre a refugiarse del aguacero y entra al cuarto de María, con la lengua afuera y batiendo el rabo...

–Mira María, otro perro que se nos mete en la lluvia.

La María tiene ahora dos perros. La hacienda quedó otra vez tan deshecha que Vilca la vendió y la compró el señor Cuadros. El, con mucho respeto, le ha puesto una colcha a la vieja.

VUELVO

Rocío Uchofen

Te dije que no te pusieras los de tacón alto, ni tampoco esa faldita de hilo que siempre aprieta tus caderas, no, tampoco los anteojos oscuros, porque sino te estarían mirando como bicho raro, recordarían tus facciones y entonces, echarías todo a perder. Fernando se puso una camisa azul, el shortcito que le regalaron en el grifo, y un casco negro tan negro como el vacío en tus pensamientos y el miedo que hacía estremecer tu cuerpo cuando recordabas lo que llevabas en la cartera.

Bajan juntos la escalera, temes sentirte feliz por rozar su piel tibia, por oír su voz tan cerca a tu oído, y porque te está sonriendo. Enciende la moto, te sientas atrás de él, abrazándolo, rozando con tu tobillo y la tela del pantalón los vellos rizados de sus muslos; él pisa el acelerador. El viento te pega en la cara y tienes ganas de tirarte a la pista, de parar todo allí, de cerrar los ojos y despertar en tu cuarto de niña, pero Fernando te dice que te quiere, y que te admira por atreverte a hacerlo, por ayudarlo, por unirse a su causa, por comprenderlo. La pista está en mal estado, la aceleración aumenta, y una nube de polvo no te deja abrir los ojos. ¿A cuántos Km/h iré?, está transpirando, hundes la cara en su espalda e intentas impregnarte con ese olor que extrañaste siempre en las noches. Ya han entrado a la avenida. Fernando te dice que allí están, como es de costumbre al lado izquierdo, que abras ya los ojos, que los puedes ver ahora porque hay luz roja, que son solamente dos

carros con cuatro tombos cada uno, que la pista está repleta y que mires bien al de terno azul en el primer auto. Tratas de reconocer el lugar, pero estás muy aturdida para eso, sólo sientes estar en un gran canal transitado de gente y latón pintado que se mueve. Fernando te dice que será en la siguiente parada, tal como lo ensayaron, te señala el microbús, luego sale de la pista a la vereda. “Ya hay luz ámbar, sube al micro.”

No sabes cómo, pero ahora te abres paso entre la gente y olores, cogida del pasamanos sientes que vuelas, apoyas tu cuerpo atrás del asiento del conductor, abres la cartera, no hay vidrio en la ventana, y afuera, justo frente a ti, está el carro con los policías y el hombre del terno azul. Nadie te observa.

“¡Aléjense, déjenme bajar o disparo de nuevo!”, rostros aterrados te miran y, sin saber cómo, bajas de allí, corres con el sonido de los tres disparos resonando en tus oídos, corres hasta volver a sentarte en la moto, y abrazar el tórax de Fernando. Tiemblas.

“¡Lo hiciste, lo hiciste!”, disparos que no te llegan y la moto acelerando, no quieres mirar atrás, te basta imaginarlo: el embotellamiento, el sol brillando en los parabrisas, los gritos, el terno azul que empieza a mancharse de sangre.

La aceleración ha disminuido, serán metros, kilómetros, tratas de mirar las calles y sólo distingues cartelones de propaganda, postes grises, tiendas cerradas. Entran por una callejuela, el viento deja de desordenar tu pelo, puedes ver las casas, los niños jugando, los perros, el polvo pegado por años al revoque mal hecho de las fachadas, tachos de basura en las veredas, chapitas de gaseosa incrustadas en el asfalto, escaleras oscuras y estrechas, ventanas cerradas. Fernando apaga el motor, te pide que bajas, “espérame en esta esquina, voy a guardar la moto y vuelvo”.

Te quedas parada, abrazando tu cartera, esquivando miradas, tratando nuevamente de reconocer el lugar, viendo esconderse el sol bajo nubes color violeta, —espérame, voy a guardar la moto y vuelvo—. El arma quema dentro de tu cartera. Te das cuenta que perdiste un

arete, –a guardar la moto y vuelvo, espérame, espérame–.

Lo esperas, lo esperas, mientras piensas en los disparos, en por qué el carro no tenía lunas polarizadas, en que Fernando tenía razón, fue muy fácil, aunque la sangre queme por dentro, ¿lo maté realmente?, el viento arrastra el polvo acumulado en las pistas, –guardo la moto y vuelvo–, alguien escupe cerca de ti, las luces de la calle hacen un esfuerzo por prenderse, y tú imaginas a Fernando tratando de buscar un lugar donde dejar la moto, y te sorprendes por ya no sentir que te tiemblan las manos. –La guardo y vuelvo–. Tal vez no encuentra sitio, suspiras. Lo esperas, lo sigues esperando, lo esperarás; disimulando miedos, tratando de convencerte de que los sonidos lejanos que oyes no son sirenas, que tal vez hay un incendio; y te abrazas más a la cartera, mientras el frío vence la protección de tu ropa; imaginas caras de terror entre las llamas, tal vez el fuego arda cerca, porque las sirenas ya no se oyen lejos, te abrazas más y más a la cartera, el sonido dobla la esquina, ¿estará el incendio atrás de ti?; ellos llegarán y tal vez te encuentren quemada, asfixiándote por el humo, un bombero te cogerá y jalará de los brazos, con las manos calientes y sudorosas, como las de ese hombre con kepi y ropa de tonos verdes que te habla y tú, que no entiendes lo que te dice, tal vez le respondes que te asfixias. Te quita la cartera, la rebusca, mientras otros uniformados como él, te rodean y observan; por fin encuentra lo que buscaba, lo enseña como trofeo y te mira. Entonces los demás, te meten a un auto blanco.

PRUDA Y LA MANADA DE LOS — CHANCHOS —

María Elena Vattuone

Tenía 104 años y, a pesar de ello, seguía haciendo sus costuritas y atendiendo mujeres parturientas. Como ella decía, conocía los gritos de cuanta mujer parida existía en el caserío. Era “La Mayor” de mi pueblo, un caserío casi perdido entre el polvo del Alto Piura, azotado por la sequía y los despiadados rayos del sol.

Prudencia Nicola se llamaba. No sufría de hambre, porque muy temprano por la mañana, alforja en el hombro, salía a recorrer las chacras, y conforme saludaba a cada uno de los dueños, recibía de regalo frejolito de palo, platanito, manguito, o cualquier cosita que estuviera madura.

—“...días de Dios don Cresencio”.

—“Buenos días mi Mayor... ¿se sirve unas ciruelitas? Están riquisísimas”.

—“Gracias don Cresencio, Dios sabrá pagarle su bondad”.

Y luego del obsequio, seguía su camino hacia la siguiente chacra. Se acercaba el tiempo de la cosecha. Los maíces se asomaban en el

NOTA DE LA EDITORA: La autora ha intentado reproducir en el texto el habla del alto Piura.

manto seco de las parcelas. El año no había sido bueno; las gentes estaban preocupadas porque no sabían si les alcanzaría para pagarle la deuda al Banco. En las noches daban vuelta a sus parcelas para evitar que les robaran sus maíces.

Una tarde, cuando el sol ya se había escondido detrás del cerro Pasmarán, una lechuza cruzó el cielo y atravesó todo el caserío. En ese momento las radios dejaron de cantar, y en el televisor de don Jacinto ya ni las moscas se veían (porque, según decían, en ese aparato se escuchaban las voces de las gentes, pero moscas no más se veían). Todo el pueblo se silenció y estiró la oreja para escuchar los tijeretazos del animal: “¡zac-zac!, zac-zac!”

El miedo, como un manto, cayó sobre el caserío. Todos sabíamos que la lechuza es un pájaro de mal agüero. Alguna mala noticia llegaría pronto. Nos sentamos a esperar con los ojos bien pelados, a pesar de que ya era de noche.

De pronto, don Paco Durán, con sus 78 años encima y lágrimas en los ojos, entró corriendo al pueblo. Todos nos sorprendimos, porque nunca habíamos visto llorar a tremendo manganzón. Algo grave sucedía. Don Lucho Peña se aproximó a él y con voz firme le preguntó:

–“¿Qué pasa don Paco, cuál es el mal?”

–“¡Mi chacra, mi chacra!” –contestó don Paco– “¡está todititita destruida! ¡una manada de chanchos se ha metido y ha arrancado todo! ¡estaban como endiablados don Luchito, no pude hacer nada! ¡eran como veinte o treinta! ¡qué voy a hacer ahora, qué voy a hacer! ¡todo lo he perdido, nada me ha quedado! ¡y el Banco, don Luchito, qué les voy a decir a los del Banco!”.

Don Paco Durán, con sus 78 años y más de 120 kilos encima, cayó al suelo mientras lloraba desconsoladamente. Poco a poco el pueblo se fue acercando, hasta formar un círculo en torno a él. No había quién lo pudiera calmar, ni tampoco levantar. Se sentía el llanto de los niños y de algunas mujeres también. Los hombres bajaban el ala de sus som-

breros, para evitar que la claridad de la luna reflejara las lágrimas que caían sobre sus rostros.

Don Lucho Peña retomó la palabra y con voz enérgica dijo:

—“¡No se preocupe don Paquito, nosotros lo vamos a ayudar. Vamos a descubrir quiénes son los *malnaturalosos* que le han hecho el daño!”.

El silencio era tan profundo, que la voz de don Luchito llegó hasta la falda de los cerros. Todo el pueblo escuchó su advertencia. Comenzó la tembladera de dientes. *Nadies dormían*; todos tenían miedo por sus cosechas.

Al día siguiente la habladuría corría por todo el pueblo. Las gentes iban armadas de machetes y huaracas a sus rozos*, como ellos decían, “por si al caso”. No encontraron ni rastros de los animales. Eso los tranquilizó un poco. Pensaron que eran unos chanchos salvajes que habían bajado del monte para alimentarse, y que se habían vuelto a ir.

Esa misma noche, las radios volvieron a cantar y el televisor de don Jacinto a enseñar moscas.

De pronto, una vez más se escuchó a lo largo del pueblo: “¡zac-zac, zac-zac!”. Todos enmudecieron y la espera comenzó.

La desgracia llegó. A las 9 de la noche un grito desgarrador salió de la casa de los Peña. Doña Dolores no soportó ver a su marido todo ensangrentado al pie de la puerta de su casa. Don Luchito había sido atacado por los chanchos cuando intentaba botarlos de su chacra. Como resultado, chacra y cuerpo quedaron destrozados.

Hubo que ir a despertar a “Manzanilla”, el sanitario de la Posta, para que fuera a ver al herido. Todos sabían que daba lo mismo que nada, porque lo único que sabía recetar para cualquier enfermedad era una taza de manzanilla bien caliente; de ahí el apodo que se le puso. Sin embargo, lo hicieron “por si al caso”.

* Parcelas.

El hecho tenía olor a venganza. Don Luchito Peña era el que más se había preocupado por don Paco Durán... “¡por eso le tocó!”, decían las gentes; no se querían acercarse mucho al herido...” ¡no vaya a ser que mañana se la agarren conmigo!”.

Don “Manzanilla”, en medio del sueño, hizo lo que pudo, es decir, recetar paños humedecidos en manzanilla para lavar las heridas y ayudarlas a cicatrizar. A doña Dolores no le convencía mucho la sugerencia, pero de todas maneras lo hizo “por si al caso”.

Al día siguiente los rumores aumentaron. Ya se había tejido la primera historia. Se decía que la familia de los Farfanes estaba celosa porque el Banco no les había querido dar préstamo y no habían podido sembrar. En venganza, durante las noches se convertían en chanchos para destruir las parcelas de sus vecinos.

Las mujeres del pueblo tomaron la iniciativa, y mientras don Luchito Peña se remojava en manzanilla, se fueron a pedirle consejo a “La Mayor”. Doña Pruda había ejercido el oficio de partera desde los 20 años, así que conocía a todas las gentes del pueblo.

–“Algunos nacen al derecho, y *algotros* al revés” –había dicho, y así explicaba el destino de las gentes.

Doña Prudencia, que hacía honor a su nombre cuando se trataba de descubrir daños y maldades, ya estaba enterada de lo sucedido y de la historia de los Farfanes.

–“¡Doña Pruda, díganos qué podemos hacer!” , suplicaron las mujeres.

–“No se asusten” –dijo ella– “que un grupo salga esta noche a dar vuelta por las chacras. Cada uno tiene que llevar una vara de carrizo, y cuando aparezcan los chanchos, persigan al que va por delante, que es el más viejo, y péguenle un varazo en la cabeza”.

–“¿Y eso es todo doña Pruda?”

–“Eso es todo por esta noche” –contestó.

Y así fue. Varas en mano, salieron treinta gentes, entre hombres y mujeres, a buscar a los chanchos. Después de una corta espera, aparecieron corriendo, como dijo don Durán “con el diablo encima”. Se inició la corretiadera, hasta que Manuel, el hijo de don Pedro Carrasco, alcanzó con un varazo al cabecilla de los chanchos que, como dijo doña Pruda, era el más viejo de todos. Se escuchó un grito y Manuel pudo darse cuenta de que le había rajado la cabeza. Los animales, asustados, corrieron hacia el monte y desaparecieron.

Al día siguiente, las mujeres volvieron donde doña Prudencia:

–“Doña Pruda, ya hicimos lo que nos dijo, pero los chanchos se fueron pa'l monte. ¿Qué hacemos ahora?”

–“Vayan a la casa de los Farfanes” –contestó– “y pregunten por don Sigifredo, digan que quieren hablar con él”.

Y así fue. Don Sigifredo era el padre de los Farfanes, una familia numerosa, la mayor parte de ellos varones.

Encontraron a doña Altemira, esposa de don Sigifredo, en la puerta de su casa. Las mujeres preguntaron por él, y doña Altemira contestó:

–“No puede atenderlas, está con un fuerte dolor de cabeza”.

Todas se quedaron en silencio, y después de mirarse unas a otras, dieron media vuelta y se retiraron. Nuevamente fueron a la casa de “La Mayor”. En el camino comentaban que seguro don Sigifredo y sus hijos eran los culpables de todo.

Al llegar donde doña Pruda, le contaron lo sucedido. Ella respondió:

–“ Ya lo sabía, es un *malnaturaloso*, él nació al revés, salió por las patas”.

–“¿Y ahora qué hacemos?” –preguntaron las mujeres.

–“No se preocupen” –dijo la anciana– “el resto déjenmelo a mí, que a estas alturas ya tengo suficientes años”.

Las mujeres se retiraron sin entender el mensaje de doña Pruda, pero confiadas en su palabra porque, como ellas decían, “todo sabe La Mayor, tiene tantos ojos como sus años”.

Al caer la noche, doña Prudencia, con sus 104 años encima y su bastón de carrizo empuñado en su mano derecha, inició su caminata. Su figura se mantenía tan erguida como cuando tenía 20 años; la cargadera de latas con agua, bateas con ropa, cuartos de leña y cuanto bulto se le cruzara, la hicieron fuerte como un hualtaco.*

Su sombra atravesó la oscuridad del pueblo, camino hacia las chacras. Una vez ahí, se detuvo a esperar. Fue cuando apareció la manada de chanchos “con el diablo encima”.

Al verlos, reconoció al jefe de la manada y dirigiéndose a él, con tono enérgico le dijo:

–“¡Modesto Farfán, creíste que no te iba a reconocer!, ¡ese bigote pelado y tu oreja mocha te delatan aunque andes con cara de chancho!”.

Fue entonces cuando la manada se detuvo. Todos los animales voltearon a ver a la anciana, y un poco sorprendidos, otro poco avergonzados, continuaron escuchando sus gritos:

–“¡Así que tú estás reemplazando a tu padre, que con buen tajo lo han marcado!” , –y dirigiéndose a todo el grupo dijo– “¿ no les da vergüenza andar malogrando chacras?, ¡chucaque les debería dar! ...¡si quieren venganza, desquítensela conmigo que ya vi demasiado en esta vida!”.

* Arbol de la zona del alto Plura.

Terminado su discurso, se dio media vuelta e inició el retorno a su casa. La manada silenciosa regresó al monte.

Al día siguiente, un nuevo rumor atravesó el pueblo. Doña Prudencia Nicola había caído enferma. Le atacó el cólera, pero no esa cólera que les da a las gentes de la ciudad, sino esa otra que los ingenieros del Ministerio le dicen la cólera porcina. Todos los habitantes, que eran un poco hijos, desfilaron al lado de su lecho para darle el último adiós.

De pronto apareció Modesto Farfán acompañado de sus numerosos hermanos. Se acercó lentamente a la cama de la enferma, se arrodilló a su lado, y con lágrimas en los ojos le susurró al oído:

–“Discúlpeme Mayorcita, yo no quería hacerle daño”.

Doña Prudencia, haciendo gala una vez más de su nombre, levantó ligeramente la cabeza y le pidió, casi ya sin aliento, que se acercara a su boca. Modesto obedeció, y al hacerlo escuchó:

“Aféitate ese bigote ralo, que te queda muy mal ...pareces *mogoso enchichado*”.*

Fueron las últimas palabras de doña Pruda. Murió con una sonrisa en los labios, celebrando su última broma.

Las campanas de la iglesia comenzaron a cantar. Había muerto “La mayor”, la Pruda de 104 años que a todos vio nacer, la que a diario tomaba sus copas de cañazo hasta marearse, la que bailaba marinera con pañuelo en mano y botella en la cabeza, la que todavía coqueteaba con don Paco Durán en un ir y venir de cumananas, cargadas de sugerencias e insinuaciones...

Había muerto “La Mayor”, La Pruda, doña Prudencia Nicola, la más sabia de todas las gentes que pasaron por la vida de mi pueblo.

* Lablo superior suclo de chicha.

DE LAS AUTORAS

Gisella Ballabeni

Nació en julio de 1975, en Lima. Estudia Comunicación Audiovisual en el Toulouse Lautrec. Quiere llegar a ser directora de cine y poder actuar profesionalmente en teatro. Escribe desde hace tiempo, pero es la primera vez que se presenta a un concurso y que se publica un cuento suyo.

Rosa María Bedoya

Nació en Lima en 1962. Obtuvo el bachillerato en Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Lima. Ha participado en diversos talleres de narrativa y ha publicado algunos poemas y cuentos en plaquetas y antologías. En 1992 realizó el video-poema "Negro con N de Nicomedes", seleccionado para integrar la muestra peruana del Video Latino 92, organizado por el ICI y Unión Latina. En 1990 obtuvo una mención en el concurso "Magda Portal" por su cuento "Melancolía".

Alicia Del Aguila

Nació en Lima, en 1966. Estudió Sociología en la Universidad Católica, donde obtuvo el segundo lugar en narrativa en los juegos florales 1991. Ha publicado en "Caminos del laberinto", "Imaginario" y otras revistas

del medio. Colaboró con un cuento en la antología "Encuentro de narradoras, Perspectiva para una narrativa de los noventa" (APPAC eds.). Ha trabajado en diarios locales y como corresponsal de "El Mundo" (España). Actualmente cursa la maestría en Ciencias Sociales en FLACSO (México, D.F.). En el segundo concurso "Magda Portal" obtuvo una mención.

Carmen Guizado

Nació en 1933, en Barranco. En 1991 publicó su primer poemario, "Arcilla", en la serie Cuadernos del Hontanar" (Ediciones de la Rama Florida). Poemas suyos han aparecido en "Cuadernos Trimestrales de Poesía", "Harauí", "Caracola" (España), entre otras publicaciones. Incursiona por primera vez en narrativa en 1992, con su cuento "El verano del Centinela", merecedor de una mención en el concurso "Magda Portal". Ese mismo año es finalista en la Séptima Bienal de Cuento Copé, con "Waroqla". Es miembro de la Asociación Libro Abierto y fundadora del Taller de Escritoras "Anillo de Moebius".

Maritza Kirchhausen de Salas

Nació en Lima en 1954. Estudió Actuación en la ENAD y luego se dedicó a la pedagogía y a la dirección teatral. Desde 1987 ha optado por la dramaturgia. Ha escrito "Casualmente de negro", estrenada en 1989, y es una de las creadoras del programa de televisión "Nube Luz". Es la dramaturga del grupo "Quinta Rueda".

Fiorella Magán

Nació en Lima en 1970. Graduada en Ciencias Publicitarias en el Instituto Peruano de Publicidad. Siguió cursos de creación literaria en ATEL (Asociación Teatro Estudio Latinoamericano) y fue miembro de la Asociación Cultural Libro Abierto. Ha participado en diversos recitales y conversatorios. En 1991 fue seleccionada para el Segundo Encuentro de Narradores Jóvenes. Participó en el primer encuentro de Narrativa Femenina en la PUC durante Octubre de 1992 y, en

1993, ganó el primer puesto en el Concurso de Cuento Breve organizado por el IPP. En el segundo concurso “Magda Portal” obtuvo una mención.

Viviana Mellet

Nació en Lima en 1959. Estudió Letras en la Universidad Católica, y desde entonces no ha dejado de escribir. En 1984 obtuvo una Mención Honrosa en el Concurso de Cuento de las Mil Palabras por “Fiesta”. Ha recibido menciones por los cuentos “Al borde de la cordura” (Concurso Magda Portal, 1990), publicado posteriormente en el libro “Memorias Clandestinas” y por “La otra Mariana” (Asociación Peruano Japonesa, 1992). Resultó ganadora en el segundo concurso “Magda Portal”, con “El buen aire de la noche”. Recientemente obtuvo el II premio en el concurso “Narrativa Peruana Contemporánea”, con el libro de cuentos “La mujer alada” (1993).

Gladys Rossell Huicí

Nació en Lima en 1946. Ha participado en diversos talleres de narración y ha recibido menciones en los concursos: El cuento de las mil palabras (1988), y en los de Centromín, ese mismo año, y de Sur, Casa de Estudios del Socialismo (1989). Ha publicado un libro de poemas, en Santo Domingo, titulado “A través de mis ojos” (1982) y dos libros de cuentos: “Al ladrón se le olvidó la luna en la ventana” y “¡Mala cosecha! ¡Mala cosecha!”. Actualmente vive en Costa Rica.

Carla Sagástegui

Nació en Lima en 1971. Estudiante y docente de la Universidad Católica. Ha trabajado en Expreso y Diario Uno y ha conducido talleres de creación literaria en ATEL, Libro Abierto y FOMENTO. Es miembro directivo de APPAC. Obtuvo el segundo lugar en el concurso de cuento Julio Ramón Ribeyro, organizado por la revista Chavín (1987); así como menciones en los Juegos Florales de la Católica (1991) y la VII Bial de Cuento Copé (1993). Actualmente se

encuentra en impresión su primer libro de cuentos titulado “La vida íntima de Madeleine Monroe”. Obtuvo una mención en el segundo concurso “Magda Portal”.

Rocío Uchofen

Nació en Lima en 1972. Estudia Lingüística y Literatura en la Universidad Católica. Participó en el segundo encuentro de escritores jóvenes organizado por la APPAC (1991) y en el primer encuentro de narradores realizado en la Católica (1992). Obtuvo el primer premio en el concurso de cuento organizado por el Instituto Goethe (1991), y una mención en el segundo concurso “Magda Portal”. Actualmente se dedica a la docencia en el área de Lengua y razonamiento verbal. Es miembro de la Asociación Libro Abierto, donde dirige uno de los talleres de narrativa breve.

María Elena Vattuone

Nació en Lima en 1961. Estudia Sociología Rural en la Universidad Católica, e intenta terminar su tesis de maestría. Ha vivido y trabajado varios años en el campo, con el Centro Ideas. Ha hecho investigación sobre temas rurales en Desco y Cepes y ahora hace investigación sobre pequeña agricultura y mujeres campesinas. Se desempeña como consultora en Desarrollo Rural. “Pruda y la manada de los chanchos” es el primer cuento que escribe. Tiene la ilusión de escribir la primera novela de su vida.

INDICE

	Pág.
PRESENTACION / <i>Marcela Robles</i>	7
Agente 468 / <i>Gisella Ballabeni</i>	9
Luna de Paz / <i>Rosa María Bedoya</i>	13
Gabriela en el hostel / <i>Alicia Del Águila</i>	16
El verano del centinela / <i>Carmen Guizado</i>	26
Conversando con Pablito / <i>Maritza Kirchhausen de Salas</i>	30
A la luz del mediodía / <i>Fiorella Magán</i>	34
El buen aire de la noche / <i>Viviana Mellet</i>	37
El espejo / <i>Gladys Rossel Huicé</i>	44
Despertar / <i>Carla Sagástegui</i>	49
Vuelvo / <i>Rocío Uchofen</i>	51
Pruda y la manada de los chanchos / <i>María Elena Vattuone</i>	54
DE LAS AUTORAS	61

Producción gráfica
"F&F Editorial E.I.R.L."
Sínchi Roca 2352, Lince.
Lima-Perú



3 9001 03343 0953

000006

3 4 3 1 0







"La tentación de escribir" reúne, en este libro, los cuentos de once autoras que participaron en el segundo concurso "Magda Portal", organizado por el Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán. La antología incluye el cuento ganador –cuya autora obtuvo recientemente el segundo premio en el concurso "Narrativa Peruana Contemporánea"– así como las menciones y los cuentos recomendados para su publicación.

La literatura escrita por mujeres confirma un caudal importante y valioso en las letras peruanas. Al margen de consideraciones de tipo formal, aquello que la mujer *dice*, merece ser escuchado con especial atención. La voz *literaria*, en este caso, decanta lo femenino y lo incorpora con fluidez al lenguaje universal.